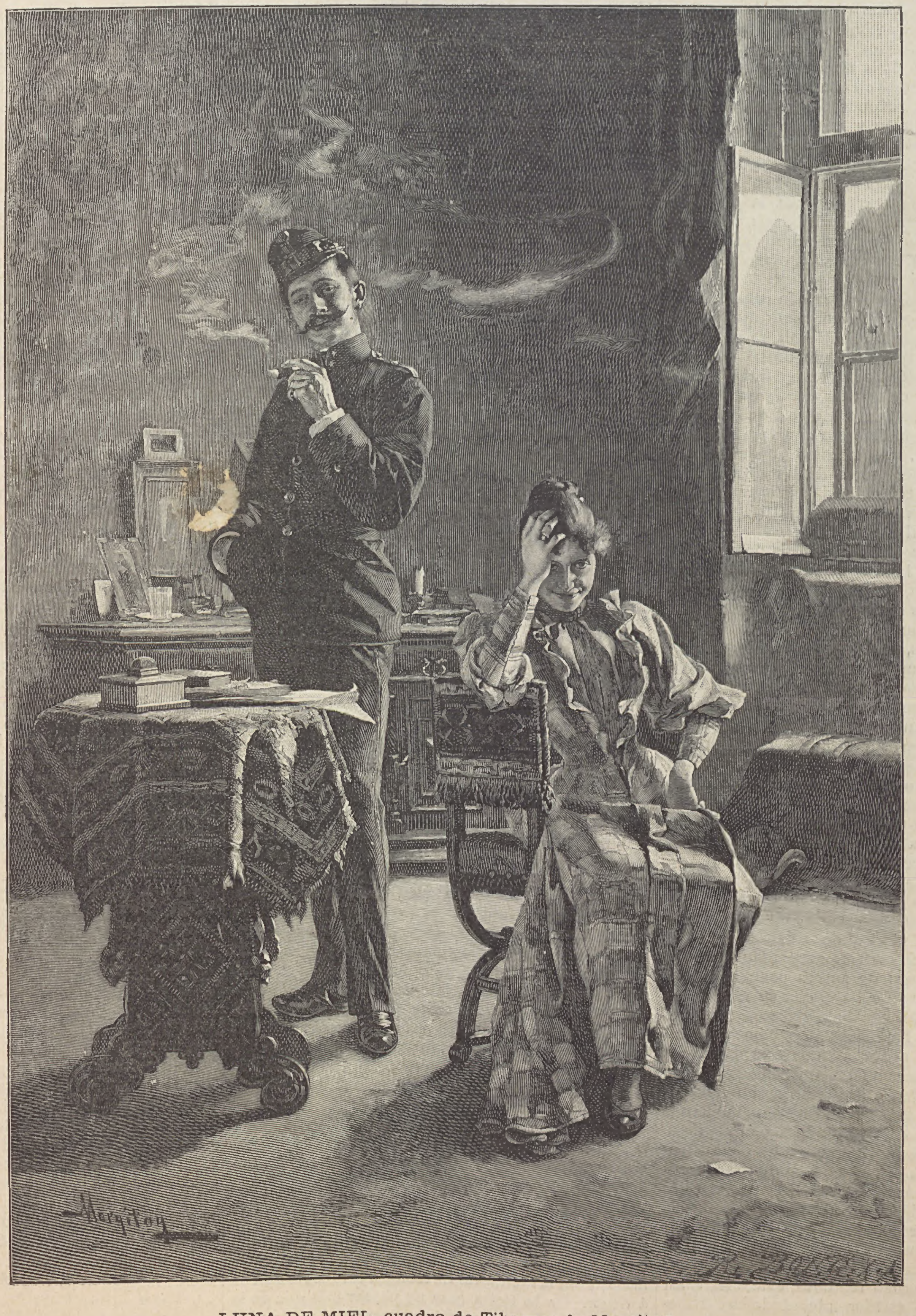
La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 8 de agosto de 1892 — Núm. 554

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DEL PINTOR HÚNGARO TIHAMER DE MARGITAY



LUNA DE MIEL, cuadro de Tihamer de Margitay

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Un artista á quien yo estimo y reverencio por las grandes cualidades que como tal artista y amigo posee, me escribe rogándome que amplíe una idea por mí apuntada en el anterior artículo de esta sección, referente al nuevo ideal de la belleza femenina. Decía yo allí hablando de la mujer griega y de la de nuestros días: «Reparemos en la estructura de la mujer de entonces: cara redondeada, hombros anchos y redondos, seno pequeño y turgente, esófago acusado, cintura ancha, pies y manos largos. Reparemos la mujer de nuestra época, principalmente la urbana, la que vive en estos grandes centros de cultura: cara oval, cuello fino, talle estrecho y largo, la curva de las caderas que se acentúa de un modo grande hacia su inserción con la que desciende dibujando suave arco hasta la cintura, pie pequeño, mano nerviosa, casi flaca.

»Ahora pregunto yo: ¿cuál es la razón para rechazar este tipo de belleza y considerarle como indigno de ser copiado por el artista? ¿Cuál es la razón, ni de qué orden ni género, que trastorna de tal modo la lógica y el criterio estético de ciertas gentes, empeñadas en hacernos creer que pueda existir un tipo de belleza único é insustituíble, siendo así que ni conocieron el pueblo que produjo ese tipo, que ellos tienen por insustituíble, siendo como son clásicos é idealistas fervientes defensores de las doctrinas de Cristo?...» La idea queda reducida á lo siguiente: ¿Es ó no aceptable para la reproducción plástica (pintura, escultura) la mujer del día?

Muy lejos estoy de creer que pueda negar nadie, absolutamente nadie, la evolución del sentido estético, ora sea avanzando, ora estacionándose, ora retrocediendo como en los siglos medios, y que esas evoluciones se verifican, no tan sólo por la influencia de la cultura de las ideas, sino por la modificación de la especie humana. Suponer que el prócer del hoy, descendiente del altivo y terrible castellano del ayer, que así humillaba la cerviz ante el *Ermitaño*, como de un revés de su mandoble segaba la cabeza de un toro, puede servir al artista para trazar la figura del cruzado, del ascendiente que con el francés Luis y con el fornido y casto Godofredo y con el atlético Corazón de León combatió frente á San Juan de Acre y aplastó con su maza los cráneos á cien turcos en el asalto de Jerusalén, paréceme cosa tan imposible como leer en noche sin luna estas líneas.

Cuando Grecia toda, y especialmente Atenas, veía surgir del mármol sus héroes y dioses; cuando Roma poblaba calles y plazas de estatuas de bailarinas y gladiadores, la forma, el ideal de la belleza de la forma humana, estaba en perfecta concordancia con la educación física y moral de ambos pueblos, con su organismo social, con su cultura, con su religión en fin. La vida intelectual, con haber alcanzado altura grande, sin embargo, limitábase á un número relativamente pequeño de conocimientos y no trascendía tampoco de cierta clase; no tenía expansión apenas, y por lo tanto, no ejercía esa influencia enervante que la multiplicidad de los conocimientos modernos ejerce en el hombre del día, llevándole al neurosismo, al desequilibrio, no solamente de las fuerzas físicas con respecto á las psíquicas, sino de unas partes del cuerpo con relación á las otras. Erale menester al ciudadano como al liberto y al esclavo cuidarse más de nutrir y desarrollar sus músculos, sus fuerzas, que de nutrir su inteligencia. Comparemos el arte de la guerra de entonces con el arte de la guerra de hoy: nuestros soldados caerían rendidos, extenuados, así bajo los rayos del sol asiático, abrasándoles la cabeza recubierta por el pesado broncíneo casco, como yertos por la glacial temperatura del Norte de Europa; no resistirían tampoco las penosas jornadas que necesitaban hacer, para saliendo de Roma ir á domeñar los terribles hijos de la nublosa Britannia. El más brioso de nuestros *sportmans*, sería incapaz de regir una cuadriga en la carrera de carros ó habría de morir estrellado y pisoteado. Los más fornidos de nuestros jóvenes á duras penas resistirían cinco minutos cualquiera de los juegos atléticos, de aquellos juegos pírricos donde la carrera vertiginosa era el más sencillo de todos. Y estos hombres eran los engendradores de otros que se educaban bajo el mismo régimen social; y la matrona, como la jovencilla, madre é hija y hermana de ese hombre fuerte y arrogante, plásticamente, si en menor escala, también cuidaba de su desarrollo físico en el gimnasio, como en la terma y aun en el circo.

Háblanme de la serenidad y majestad de la belleza clásica, é incluyo la del arte romano, como de cosa que despareció para siempre con la intrusión del arte moderno realista; pero ó no han meditado bien los que tal dicen, ó no quieren meditar acerca de la causa que produjo esa majestad de la estatuaria pagana. Esa majestad, esa serenidad existen hoy en la obra artística (hablo de la plástica), si bien no son debidas al mismo sentido estético. El hombre, como la mujer, en los tiempos de Sócrates, como en los de Cicerón, amaban la belleza de la forma, y la fuerza y la resistencia físicas. Precisamente el origen de la sociedad greca y casi pudiera decirse de la romana, pero sobre todo de la primera, arranca del arte que canta á héroes, convertidos en dioses y semidioses por los poetas. Y estos héroes, hombres de hercúleas fuerzas, de esténtorea voz, de pasiones violentas, pero humanas, son los vencedores en la contienda entablada entre el libre albedrío y la dignidad del hombre y los hieratismos del misterioso fatalismo de las religiones asiáticas. El telurismo con sus negruras filosóficas y religiosas, representadas por monstruos y horrendos mitos, por crueles leyes que esclavizaban anulándola la voluntad del humano, queda vencido en la batalla que inmortaliza el célebre relieve *La gigantomaquia*. El antropomorfismo es el concepto más alto de la sociedad helena. La línea majestuosa y perfecta de la estatuaria griega representó desde el punto de vista religioso, como del artístico, la regeneración de la humanidad, que rompe las cadenas á que le tenía sujeta *La fatalidad*, lo insondable, y recaba para el espíritu eminentemente artístico del griego el goce estético de la supremacía de la forma humana sobre la teológica y convencional de los mitos de los pueblos del Asia y del Africa.

Paulatinamente y por modo natural perfectamente lógico, leyes y costumbres inspiráronse en ese sentimiento de amor á la naturaleza y á los goces con que brinda al hombre. Por otro lado, era preciso sostener las luchas inherentes al desenvolvimiento y crecimiento de un pueblo tan distinto de los del resto del mundo entonces conocido, y la resistencia física se imponía doblemente. Licurgo en Esparta cuida de que la reproducción de la especie se efectúe dentro de las mejores condiciones físicas, y prohibe al hombre la unión sexual hasta transcurridos los veinticinco años; manda arrojar al mar al feto deforme, enclenque ó imperfecto. Solón en Atenas, si no dicta leyes tan extremas, propone, sin embargo, medidas que hoy un médico podría llamar código del desarrollo de la especie humana. La higiene y la gimnasia ocupan al ciudadano ateniense la mitad del día. Los premios al hombre ó á la mujer mejor formados, como á los más resistentes en los juegos corporales, son disputados con empeño. La apoteosis de la belleza física tuvo lugar en aquel pueblo donde la dictadura de Pericles, como la de los célebres tiranos que formaron por espacio no ciertamente pequeño de tiempo el gobierno de la república, se olvidaba con la sola contemplación y goce de la belleza. La sensualidad hizo de los griegos atenienses primero y de los espartanos más tarde ardientes defensores de la belleza física. Con Platón y Aristóteles vivos no dejaron, sin embargo, de acudir á las cátedras que mujeres como Aspasia tenían en sus moradas, adonde con el bien decir, la oratoria y la poesía se enseñaba á amar, á cuidar de la conservación de la forma, á procurar el goce de la materia.

Traslademónos de un salto á la Edad media, á la sociedad cristiana por excelencia. Baños, juegos circenses, policía del cuerpo, todo desaparece arrollado por el hombre místico, por el hombre que tan sólo piensa en combatir noche y día al enemigo de la religión, y con arreglo á los mandatos de la doctrina de la iglesia católica mira y considera la carne como á enemigo terrible, del cual debía guardarse más que de la cimitarra. La teología católica le enseña á despreciar la tierra para no pensar más que en la vida eterna. La naturaleza no inspira al poeta ni al artista. La forma humana desaparece bajo amplias talares vestiduras ó recubierta de mallas de hierro y cuero. De aquí surge con la concentración del pensamiento el hombre que podríamos llamar psíquico, espiritual. La especulación de la filosofía cristiana va abarcando poco á poco extremos desconocidos para las sociedades paganas y descubriendo fuerzas nuevas en el espíritu que poner al servicio de una sociedad formada para la expansión intelectual; expansión que había de llegar á revelarse pujante en el Renacimiento, echando mano de todas las fuerzas acumuladas por el hombre de todos los tiempos, puesto que ha de cumplirse eternamente la ley de la solidaridad.

Echemos una mirada á la belleza plástica de los días de Rafael y Miguel Angel, los genios que pretenden resucitar el amor á la forma, como, en efecto, en parte lo logran. Comparemos la estatuaria del renacimiento italiano, la más bella, desde el punto de vista que lo miran cuantos suspiran por la línea de los clásicos. Veamos si con la *Noche*, la *Justicia*, el *Dolor* ó con el mismo *Perseo* de Celini ó el *David* del Buonarrotta podemos alcanzar á formar una estatua de tan justas proporciones y del tipo que la *Venus de Milo* ó del mismo del *Gladiador* de Rávena. No. En vano no habían pasado siglos y siglos, y leyes y sociedades, cuyo espíritu modificara costumbres y usos. Generaciones tras generaciones vinieron sufriendo influencia diametralmente opuesta á la que informara la sociedad pagana. Ésta si atendía á la vida intelectual, era siempre desde un punto de vista perfectamente en armonía con el principio constitutivo, esencialmente material, humano, y por lo tanto la naturaleza en primer término era atendida y sus leyes acatadas; así lo exigía también la vida social de entonces. Pero la sociedad cristiana, formada precisamente para la vida eterna del espíritu, por compensación extrema abandonó, mejor dicho, repudió el cuerpo y la naturaleza toda para dedicarse exclusivamente á la formación del hombre espiritual; y comenzando tan sólo por estudiar el modo de alcanzar la soñada perfección cristiana, concluye por la investigación científica y filosófica, cimentando así la verdadera y absoluta libertad del ser humano, cuyo pensamiento vuela en todas direcciones, explorando lo hasta entonces obscuro ó desconocido, haciéndole comprender que reside en él otra personalidad cuya belleza en nada cede á la física, antes por el contrario, le presta fulgores y contornos no entrevistos por el arte pagano.

Claro está que con el desarrollo moral, el material fué paulatinamente modificándose en el sentido de una delicadeza y blandura de contornos, de una cierta laxitud en los movimientos y de un desarrollo del cráneo, que contrasta notablemente con el tipo que hasta nosotros llegó estereotipado en pinturas y esculturas del hombre de Grecia y Roma paganas. Y vengamos á nuestros días. Si la labor intelectual era grande ya cuando el Renacimiento, y merced á esa labor la sociedad entonces adquiría una fisonomía tan distinta de la medioeval y el individuo se modificaba psíquica y físicamente, obedeciendo á esa evolución y transformación, el gusto estético, acorde con el valor que en la obra plástica adquiriera el hombre moral, le encontró perfectamente armónico con la metamorfosis física realizada por los usos y costumbres que la cultura había realizado.

Esto así, escuetamente expuesto, quizá parezca sofístico. En verdad que no hay nada más fundado ni efectivo. Dentro del atildamiento y exquisitismo á que nos condujo la civilización, no cabe suponer un hombre culto, un sabio, un artista con las manos anchas, callosas, los brazos, las piernas y el torso rudos é inflexibles á cualquiera de los múltiples movimientos á que le sujeta el estudio, el trato de gentes, la sociedad en fin. Veamos si no el deplorable efecto estético que causa ver algún actor en la escena con maneras y ademanes de patán (que no otra cosa eran los héroes griegos) y haciendo por acaso el papel de galán joven ó de hombre de mundo. Pues hagámonos la misma cuenta si viésemos una de las más robustas y jóvenes labradoras ó pescaderas de nuestras costas, no vistiendo el traje de la dama, sino marchando por entre la multitud por calles y paseos, rebelde á toda flexibilidad y á todo acto que necesitara de la flexibilidad de sus músculos de hierro. Podría y podrá el artista admirar allí una belleza desde aquel extremo que al conjunto de la belleza material (por supuesto con deformidades de los extremos) atañe, pero tengo por seguro que no le serviría para representar en el mármol ó en el lienzo el más pequeño de los conceptos psíquicos que hoy tenemos formado, no ya de las ciencias ó de las artes, sino de la dignidad humana, que se revela clara y terminante, así en el rostro como en el resto de la persona.

R. BALSA DE LA VEGA

1.° de agosto de 1892



TIHAMER DE MARGITAY

TIHAMER DE MARGITAY

CÉLEBRE PINTOR HÚNGARO

Las alabanzas que se prodigaron á la magnífica colección de cuadros húngaros presentados en la Exposición de Bellas Artes del Jubileo de Berlín en 1891, correspondían por igual á los más diversos géneros: retrato, historia, paisaje y costumbres contemporáneas. Los lienzos que tenían por asunto estas últimas sorprendieron especialmente por la gracia y finura con que los temas eran tratados y por la ausencia absoluta de chocarrerías y de recursos de mal gusto. Podrá haber en Hungría materia para tales pinturas, pero lo cierto es que los artistas que á aquel certamen acudieron hicieron caso omiso de ella y se presentaron ante el público alemán y extranjero con una serie de excelentes trabajos que deleitaron, así á los inteligentes como á los profanos, á los primeros por la seriedad artística de las obras, á los segundos por los asuntos de éstas, ora alegres, ora sentidos y siempre encantadores.

Entre los pintores que mayor interés despertaron figura Tihamer de Margitay: su nombre no era desconocido, conocíanse algunos trabajos suyos, y las reproduciones de sus obras por medio de la fotografía y del grabado habíanle conquistado gran popularidad en Alemania. Pero puestos sus cuadros entre los de sus compatriotas, produjeron mejor efecto que confundidos en el galimatías de otras exposiciones, como hasta entonces habían estado, y el público hizo de ellos grande y merecido aprecio y vió en su autor un artista ingenioso y ocurrente, un observador profundo, un carácter alegre, que resueltamente entraba en los asuntos de la vida moderna, estudiábalos atentamente y retenía cuanto en ellos pudiera ser materia aprovechable para el artista.

Margitay, en efecto, ha demostrado con un gran número de cuadros que sólo en el espíritu moderno halla verdadera satisfacción á sus gustos y tendencias y casi siempre ha sabido evitar con fortuna los escollos de la exageración: y quizás el único reproche que pueda dirigírsele es el de que en la disposición de sus composiciones aparece á veces demasiado visible la ordenada mano del artista, poco en armonía con la libertad propia de las escenas, lugares y tipos que le han servido de modelo. En sus cuadros no permite que el espectador pueda interpretar á su gusto la escena representada, sino que quiere producir con todo el vigor posible en el público la impresión que de antemano él ha concebido.

El mundo que reproduce Margitay es en extremo limitado: circunscríbese principalmente á la clase media acomodada, con todas sus virtudes, debilidades y preocupaciones, y á los que se encuentran en la línea divisoria del salón y de la bohemia. En las variaciones sobre estos caracteres y en la hábil combinación de las distintas figuras típicas estriba la verdadera potencia artística de Margitay.

Mientras fué alumno de las Academias de Budapesth y de Munich, es decir, en los comienzos de su carrera, cultivó el genero histórico; pero después de un viaje de estudio que emprendió por Italia, fué el Margitay que desde hace algunos años conocemos.

Su primera obra fué el cuadro titulado *Irresistible*, que le valió renombre universal y en el cual está admirablemente pintado el tipo de conquistador que cree que ninguna mujer podrá resistir á sus atractivos. Siguieron á éste otros cuadros en todos los cuales está magistralmente retratada la clase media: citaremos entre ellos *Un buen partido, Calabazas, Luna de miel, Una boda interrumpida, Los dos hermanos* y otros muchos que en gracia á la brevedad no mencionamos.

Margitay desciende de una familia de la antigua nobleza húngara y es hijo de un rico propietario del comitado de Szabolsc: después de terminados sus estudios en los gimnasios de Debreczin y Budapesth, quiso su padre que abrazase una carrera, pero pudo más en él su amor al arte que el deseo de obedecer paternales consejos. Tres años pasó en Budapesth dedicado á sus estudios artísticos, transcurridos los cuales se fué á Munich, donde estudió bajo la dirección del profesor Seitz: las muchas distinciones de que fué objeto durante este período atestiguan que su talento artístico fué muy pronto reconocido. Posteriormente ha alcanzado envidiables honores; pero el mejor premio conquistado por él es indudablemente la gran popularidad que sus cuadros le han valido.

Margitay reside en Budapesth y su hermoso taller es una de las curiosidades más notables que pueden visitarse en la capital de Hungría.

(De la revista alemana *Moderne Kunst*)



Estudio, de Tihamer de Margitay

DIÁLOGOS MATRITENSES

LAS OFICINAS

– ¿Está ya puesto el oficio para el gobernador?
– Sí, señor, aquí está.
– Veamos... ¡Hombre! Habana se escribe con hache.
– Diré á usted, hay casos...
– ¡Qué casos ni qué ocho cuartos! Habana siempre con hache.
– Dispense usted, abanico se escribe también sin hache.
– ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Usted no ha leído en la ortografía que las haches se ponen?..
– En donde uno quiere.
– ¡Ca, hombre!.. Se ponen donde se deben poner.
– Enterado, Sr. D. Tomás.
– ¡Jesús, hijo! ¡Zaragoza con ese! Miguelito, tiene usted poco cuidado; escribe usted como...
– ¡Como un meritorio sin sueldo!
– Así no lo alcanzará usted nunca.
– Ni escribiendo bien tampoco.
– ¡Ja! ¡ja! ¡En esto es en lo único que tiene usted razón!

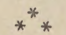


– Diga usted, Alfredo, aquel expediente que recomendó D. Bruno, ¿dónde está?



Estudio, de Tihamer de Margitay

– ¡Riquitrum y riquitrum! ¡Riqui, riquitrum!
– ¡Eh, Alfredito! ¿Adónde ha ido á parar el expediente de D. Bruno?
– ¿Adónde ha ido? ¡No lo sé, porque no se despidió de mí antes de irse!
– Pero, hombre... por Dios... ¡si yo se lo entregué á usted anteayer para que hiciera el extracto!
– Si yo fuera el Dr. Liebig ya vería usted qué extracto haría más famoso.
– Vamos, es que no ha hecho usted nada. Tendré que hacerlo yo.
– Como usted guste, Sr. D. Dimas.
– (¡Ya te arreglaría yo si no fuese porque te protege quien puede mucho!) ¡Démelo usted! ¡Démelo, que es usted capaz de hacer perder la paciencia á un santo!
– Pues usted tiene poco de santo... Si fuese de santón moruno...
– ¡Santón! ¿Y por qué?
– Porque sí. ¿Se figura usted que no le vi ayer en el merendero de Fray Liberto, allá en las Ventas del Espíritu Santo?
– ¡Calle usted, condenado, que es usted capaz de desacreditar al lucero del alba!
– Me gusta la morena aquella que usted...
– ¡Hombre, por los clavos de Cristo, quiere usted hablar bajo!
– (¡Vuelve, vuelve á preguntar por los expedientes! ¡Ya te daré yo expedientes!)



– Sr. D. Gervasio, venía á consultar con usted este dictamen.
– ¿A consultar, eh? Pues siéntese y fume.
– ¿Son de á cuarenta?
– No, éstos me los proporciona Casimiro, el por-

tero; son de unas libritas que salen á veinte reales; pero es de lo bueno; igual que éste lo fuma el ministro.

– En efecto, tiene buen aroma.

– Ya sabía yo que le gustaría. ¿Y el papel, qué tal?

– Debe ser de arroz porque sabe á *paella*.

– No, señor; es de esparto medicinal, excelente para la garganta, y nosotros los empleados, que gastamos tanta saliva, necesitamos papeles pectorales.

– Pues, amigo D. Gervasio, es el caso que el señor Director, el mamarracho ese que tenemos ahora, que sabe tanto de expedientes como yo de decir misa...

– Sí, así anda ello. Pero amigo, es el ojo derecho de la duquesa del Rabanaque, y...

– ¡Basta! ¡Ay qué tiempos, querido D. Gervasio! ¡Yo que el año 33, en que aún no había nacido ese zascandil, era oficial 9.° de la clase de cuartos, me encuentro hoy de oficial 8.° de la clase de quintos! ¡Y ese mozalbete... á los ventinueve años, de golpe y porrazo Director general! ¡Señor!.. ¡Y luego dicen que hay justicia!

– ¡Justicia, sí justicia!.. ¡Un cuerno!

– Eso digo yo. ¿De qué me ha servido á mí haberme batido en Chiva? Porque ha de saber usted que yo he sido miliciano de caballería, y he estado en Chiva.

– Aquello debió ser un lance de mil diablos.

– ¡Vaya! A mí de un balazo me rompieron una fiambrera que llevaba con comestibles!.. Pero en fin, volviendo á mi dictamen, el Director le ha dicho al jefe de mi negociado, otro camello que no sabe ni firmar, que estudiara el asunto, y el jefe me lo endosó á mí. ¡Claro, como que él no veía ni gota!

– ¿Y usted?

– ¡Yo! ¡Busca por aquí, busca por allá, Alcubilla arriba, Alcubilla abajo; en fin, puse una nota que ya, ya, proponiendo que informase la Junta de Agricultura!

– Luego es cosa rural.

– Este es el quid. La Junta lo ha devuelto poniéndonos de vuelta y media, diciendo que no sabemos lo que nos pescamos, y que en lo sucesivo no se remitan allí cosas que no son de su incumbencia.

– ¡Bah! Todo eso es que no quieren trabajar; son unos vagos.

– ¡Decir que no corresponde á la Junta de Agricultura informar sobre los uniformes del cuerpo de policía! ¡Figúrese usted!

– ¡Vaya con la Juntita!

– Cuando la policía detiene á los que hurtan substancias alimenticias, granos, semillas, etc...

– En fin, esto no es administración ni nada.

– ¿Y qué hago yo ahora?

– Mándelo usted á informe á otra parte.

– Sí, ¿pero adónde? Había pensado pasarlo á Guerra; pero esos militarotes son tan *feróstico*s...

– ¿Quiere usted tomar un consejo?

– ¡Pues no he de querer!

– Páselo usted á Sanidad. Eso de los uniformes es cosa de higiene; pues si un uniforme resulta insalubre, ¡ay de los que lo lleven! ¡Ay del país donde tal suceda! ¡Pueden peligrar hasta las instituciones!

– Conforme, conforme de todo punto; allá lo mando, y salga el sol por Antequera.

***

– ¡Miguel!

– ¡Señor!

– ¡Todos los porteros de esta dependencia están dejados de la mano de Dios! ¡Esto es insufrible! Ayer se olvidó usted de comprar el *Imparcial;* hoy tampoco ha cumplido usted con su obligación.

– Pero Sr. D. Manuel, si todo está á punto: el café, los periódicos...

– No, señor; no está todo á punto; el servicio se hace de un modo deplorable. ¿No sabe usted que hoy es lunes?

– Sí, señor.

– ¿Y se queda usted tan fresco?

– No sé.

– ¿Y el *Tábano* con la corrida de ayer y la cogida del *Pichichi*?

– Tiene usted razón. Dispénseme usted. Voy corriendo á comprarlo á la Puerta del Sol.

– Vaya usted á escape y que sea la última vez, á la otra daré parte al Mayor. ¡Qué servicio, Dios mío, qué servicio!

***

– Escriba usted, D. Tomás, escriba usted, que corre mucha prisa.

– Ya estoy á punto.

– Dictamen.

– Dictamen.

– Ilustrísimo Señor.

– Señor.

– El oficial que suscribe...

– Ibe...

– No va saliendo mal, ¿eh, D. Tomás?

– Sí, señor; hasta ahora todo va bien.

– Fumemos, pues.

– Fumemos.

– Diga usted, D. Tomás, ¿en la calle de usted vive una rubia así delgadita con ojos azules, que lleva un mantón de cuadritos blancos y negros?

– ¿Es una que tiene un lunarcito junto á la nariz?



Estudio de Tihamer de Margitay

– La misma.

– ¡Ja! ¡ja! ¡Buena pieza! ¿Y dónde la ha conocido usted?

– En la Alhambra estuvimos anoche D. Alberto y yo, y me dijo esa joven que vivía en la calle de San Bernabé, y por eso ha sido la pregunta.

– Pues sí, es corbatera y muy alegrita; se llama Pura.

– ¡Demonio! ¡Qué nombre tan seductor!

– Hace tiempo tenía un novio que era primer galán de una compañía ambulante; ¡pero el pobre murió de repente en Getafe, representando un drama de Echegaray!

– Sí, eso es natural. Cuando salgamos me iré con usted y me enseñará la casa de esa joven.

– Como usted guste; mi deber es obedecer al jefe. ¿Proseguimos? Ya sabe usted que el Director quiere este dictamen para la firma de hoy.

– Estos trabajos hechos así á escape me revientan, no tiene uno tiempo para coordinar las ideas ni para nada... ¿Decíamos?

– El oficial que suscribe...

– Siga usted... Ha examinado este expediente y opina.

– Opina.

– Que.

– Que.

– ¡Qué demonios opinaré yo!... Estas prisas aturrullan al más experto... Ponga usted... opina que procede... punto y coma..

– Mire usted, mi Sr. D. Salvador, á mí me parece que la coma puede pasar; pero el punto... el punto no, señor... á no ser que sea punto final.

– ¡Hombre!, pues el verbo proceder lleva siempre punto y coma.

– Yo no he visto eso en ninguna ortografía.

– ¡Usted qué ha de ver, si es miope!

– Pues buena vista he tenido, Sr. D. Salvador; pero desde la noche de San Daniel, en que un guardia civil me dió dos sablazos de plano en la calle de Preciados, se me subió la sangre á los ojos y me quedé miope para toda la vida.

– Sí, eso saca uno de la política, algún garrotazo.

– Pues usted no se puede quejar, que cuando la gloriosa dió usted un salto que... (era estanquero y le hicieron oficial letrado).

– Usted no sabe de la misa la media, ni mis servicios por la libertad. Usted ignora que yo he estado desterrado en Canarias comiendo el negro pan de la emigración...

– Sr. D. Salvador, van á dar las tres y el Sr. Director va á pedir el dictamen. ¿Qué es lo que usted opina que procede?

– ¡Yo! Y usted ¿qué opina?

– Yo ni entro ni salgo, además no he estudiado el asunto.

– Pero usted, como hombre práctico en la Administración, tendrá buen ojo...

– Ya he dicho á usted cien veces que soy miope.

– ¡Diantre! ¡Pues estamos aviados!

– ¿Oye usted? Los tres cuartos suenan en el reloj.

– No veo más salida que ponerme malo, y así tendré tiempo de estudiar el negocio. Pero ahora que me acuerdo... el Director mandó ayer un volante diciendo que quería se despachara el asunto á favor del Ayuntamiento.

– Sí, señor; aquí está.

– Pues nada, copie usted el volante en el dictamen y asunto concluído. Es lo mejor.

– ¡Claro! Después de todo, de nada serviría que el negociado opinase de otro modo que el Sr. Director.

***

– ¿Conque usted no ha sido nunca empleado?

– No, señor; si el venir yo aquí ha sido una casualidad. Diga usted que si no fuera porque en la Presidencia se han empeñado y yo soy muy condescendiente, jamás hubiera pasado los umbrales de un ministerio con el carácter de empleado. ¿Y sabe usted por qué? Pues lisa y llanamente porque no tengo ganas de echar los hígados trabajando por doce mil reales de sueldo y seis mil de gratificación. Eso es una miseria.

– ¡Una miseria! Pues hombre á mí me costó diez y ocho años el pasar de escribiente con cuatro á auxiliar con cinco.

– ¡Pshe! Usted no tendrá como yo un cuñado consejero, un suegro subsecretario, una prima azafata, un hermano gobernador y un tío en la Rota.

– No, señor; en mi familia no había tanto empleado; sólo tengo un primo lejano que está en Matanzas de sargento de carabineros. Así que desde que la reina Cristina me dió el nombramiento de meritorio sin sueldo, hasta de ahora, no he hecho más carrera que la que usted ve y... gracias.

– Y ¿qué sueldo tiene usted?

– Mil quinientas pesetas... pero tengo seis hijos.

– Vamos, ya; lo uno compensa lo otro.

– Si usted quisiera recomendarme.

– Bueno, veremos. Ahora lo que ha de hacer usted es encargarse del despacho de los expedientes, porque yo ni sé, ni quiero. Todo esto de la Administración me revienta. Mi porvenir no está en las oficinas.

– ¿Pues en dónde está?

– En el Parlamento. A las primeras elecciones que haya, mi tío me sacará diputado, y para ese cargo no se necesita saber estas farándulas.

– Tiene usted razón: para hacer carrera hoy en España, lo único que hace falta es tener las condiciones de usted y nada más.

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(Conclusión)

Apenas había salido Juana Rosa del tocador, cuando apareció Joaquín, cuya presencia asustó á Chucha.

– ¡Ay, *Tristura*, qué susto me has dado!

– *Tristura*, sí, tienes razón.

– ¿A qué vienes á estas horas, Joaquín? ¡Vete, por Dios! La *niña* te quiere, acaba de decírmelo.



LOS DOS HERMANOS, cuadro de Tihamer de Margitay

— He oído lo que te ha dicho: no me quiere, Chucha, no me quiere, y yo no puedo vivir sin su amor.

— ¡Vete, por Dios, Joaquín!

— No: he de hablarla esta noche.

— Ya no es tiempo; se firma hoy el contrato.

— Después que lo firme.

— ¿Pero qué adelantarás?

— Nada: verla. ¡Quiero verla! ¡Quiero hablarla! ¡Cuidado como le digas que estoy aquí! ¡Si se lo dices te ahogo! Deseo leer en su cara el efecto que mi presencia le causa.

Seis horas mortales pasó el infeliz indio oculto en el tocador de su amada: á las doce se retiraron los invitados. La señora de Guaqui no prolongaba más las reuniones; estaba delicada y todo el mundo respetaba sus dolencias. Cuando su hija la hubo dejado en el dormitorio, se retiró al tocador.

— Enciende, Chucha, que voy á desnudarme, dijo la *niña de nieve*, entrando muy contenta. ¿No sabes, Chucha? ¡Lo que yo decía! Julio se ha declarado por fin: me ha dicho que lo enloquezco... ¿Pero no enciendes?

— Sí, *niña*, dijo la india aplicando un fósforo á las velas del armario de luna.

Juana Rosa dió un grito y retrocedió espantada: á su lado con la cara muy cerca de la suya, vió retratada en el espejo la persona de *Tristura*, del propio *Tristura*, aviejado, flaco, macilento y con los ojos hundidos.

— ¡Joaquín! ¿A qué has venido?

— A exigirte el cumplimiento de una promesa. Me has dicho, no hace mucho tiempo, que la primera vez que vistieses traje de baile me llamarías para ver el efecto de mi poncho junto á tus gasas; y como te has olvidado de llamarme...

— Has cometido una tontería, *cholito;* pero en fin... ya que has venido...

Y Rosa abrazó al indio como la noche que estaba en traje de montar.

— ¿Ves qué lindo grupo? ¡Pero qué cara tienes! Segurita estoy que habrás andado llorando por los rincones de Utspa-Llacta. ¡Tonto! ¿No te he dicho que te quiero mucho, muchísimo?...

— ¡Pero te casas!

— ¡Qué gracia! ¿Y eso qué tiene que ver?

— ¡Rosa!, Rosa! ¡No me amas, no me has amado jamás!

— ¡Bien dicho! No te amo y estoy aquí abrazándote como una boba, mientras tú me miras en el espejo con esa cara de indiferencia..

— ¡Indiferencia!...

— Indiferencia, sí: todavía no me has hecho una caricia: parece que nos hubiéramos visto hace una hora, y sin embargo hace más de un mes que estamos aquí.

— ¿Un mes? ¿Un mes nada más?

— ¿Te parece poco? Siéntate: voy á desnudarme y á ponerme una bata: no te irás tan pronto ¿eh? Si no cambias de aspecto no te querré, *cholito*. ¿Abandonarás la cara de *Tristura* para recuperar la de mi Joaquín?

— Si me concedes lo que vengo á pedirte, sí.

— Pide.

— Que me acompañes esta noche á Utspa-Llacta.

— ¿Estás loco?

— No.

— Mi caballo está en la hacienda.

— Te llevaré en mis brazos.

— ¿Y cuándo he de regresar?

— Cuando quieras; antes de amanecer si lo deseas.

— Pero ya estás aquí: ¿no estamos juntos?

— ¡Rosa!, es la última súplica del hombre que te adora.

— ¿La última? *¡Tontaina!*

Y la *niña* abrazó al indio con frenesí.

— ¡La última, sí! ¿No has firmado ya tu contrato de boda? Ni me perteneces, ni te perteneces á ti misma.

— ¡Pues tienes razón! Hoy ya debo ser parati la fruta sabrosa del cercado ajeno. Vámonos á Utspa-Llacta: me traerás antes de que amanezca. Voy á ponerme otro traje.

— No; te lo suplico: abrígate con un rebozo: ven así: jamás te has vestido de baile para mi solo.

— Tienes razón: quiero darte gusto.

— ¡Chucha!

— *Niña.*

— Dame un *rebozo* grande y el manto. Voy á Utspa-Llacta.

— ¡Qué locura, *niña!*

— Vuelvo antes de amanecer: que me espere el indio *Quinchi* detrás de la puerta para que abra en cuanto sienta el caballo, ¿oyes?

— ¿Y si llamara la señora?

— ¿Por qué ha de llamar esta noche? Pero en fin, si no hubiese otro remedio le dices que tenía gana de pasear y que me fuí con Joaquín á la hacienda.

A los pocos momentos salía de la población el indio *Tristura* llevando escrechamente unida á su pecho á la mujer que era vida de su vida y alma de su alma. Los pocos trasnochadores que los vieron no pararon mientes: algún hacendado que llevaba á su esposa, á su hermana ó á su amada; todo menos figurarse que la descendiente de los nobles Guaquis, la que acababa de firmar su contrato matrimonial con un riquísimo heredero, la *niña de nieve*, en fin, volaba en alas del amor ó del capricho, abrazada al hombre que tal influencia ejercía sobre sus nervios, contenta por la novedad de la aventura y enloqueciéndolo con promesas y caricias.

Joaquín se había transformado: no era el *Tristura* de la cara macilenta; era el enamorado feliz, de chispeante mirada, que con deleite sin fin saturaba su alma de los efluvios enloquecedores que exhalaba el aliento de su amada.

El caballo volaba más que corría, sin moverse apenas, con el sobrepaso suavísimo que distingue á los caballos peruanos. Joaquín no le guiaba: ¿para qué? ¡Demasiado que sabía el camino!; y como iba para casa, apresurábase por cuenta propia, sin necesidad de insinuaciones picantes.

Cuando llegaron á Utspa Llacta, los dos dijeron á la vez: «¿Ya?»

Echaron pie á tierra. Un indio que aguardaba el regreso del mayordomo se adelantó, inclinó una rodilla ante la *niña* para saludarla, recibió órdenes, tomó las riendas y desapareció con el caballo.

El indio no se asombra jamás de lo que hacen sus amos, ni se permite mostrarse sorprendido. La *niña* iba á tales horas, sola, con el mayordomo... Pues ella sabría por qué. Si los indios murmuran, entre ellos se queda la murmuración; jamás trascienden los cuentos, si los hay, que lo dudo, fuera de los *yanacunas* (criados). El amor y el respeto que á los amos tienen, les pone una venda en los ojos. Si el amo es malo, varía; entonces el indio se queja y acusa; pero si es bueno siente por él veneración y culto idólatra.

Joaquín y Rosa entraron en el dormitorio de ésta.

— ¡Qué gusto, *cholito!* Has tenido la mejor ocurrencia del mundo: nunca me ha parecido tan delicioso el camino. ¡Ya verás! De estas excursiones haremos muchas.

— No haremos más si te casas.

— ¡Si me caso! ¡No digas tonterías! Ya sabes que estoy medio casada...

— Puedes volverte atrás.

— No pienses tal cosa. ¡Vaya un escándalo!

— Tú amas á Julio, Rosa.

— ¡Cuando digo que eres un tonto!...

— ¿Acaso no recuerdo el placer con que decías á Chucha que te había declarado su amor?

— Pero no le dije que yo le amase.

— Es igual.

— ¿Me has traído aquí para discutir majaderías?

— ¡No! Te he traído para arrodillarme á tus pies, para suplicarte, para pedirte que no me abandones; que no pertenezcas á otro hombre, porque á la sola idea de que eso pueda suceder, parece mi corazón un infierno. ¡Rosa! ¡Rosa de mi vida! ¿Por qué no me amas como aquella primera noche que fuiste mía, aquí, aquí mismo? ¿Te acuerdas? ¿Nada te dice este aposento, santuario de nuestros amores y testigo de nuestros delirios? *¡Niña* de mi alma!, creí que podía sacrificarme por ti, que podía morir de pena sin hablar, ni quejarme, sin exigir; pero no puedo, no puedo: los celos me torturan el alma, me atenacean el corazón, me enloquecen, me exasperan... ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Yo no quiero que seas de otro hombre! ¡Viva ó muerta, mía, mía, sólo mía!

— ¡Joaquín! ¡Cálmate, por Dios!, suplicó Juana Rosa muy asustada. ¡Estás loco! ¡No sabes lo que dices! Vámonos: ahora comprendo que ha sido una imprudencia venir aquí, á este sitio que había de influir en nuestro ánimo y en nuestras sensaciones...

— ¡Tus sensaciones! ¡Tú no sientes, mujer de hielo!, ¡tú no sientes!

— ¿Ahora dices eso? ¡Cuántas veces me has asegurado que tenía yo en el corazón toda la lava que oculta el Misti en sus entrañas!

— No; era el mío, que le comunicaba su fuego. ¡Cuánto calor había en mi pecho, Rosa, que á su contacto ha convertido en ascuas toda la nieve del tuyo! ¡Para que tu corazón lata, para que tu alma se agite, es preciso un amor como el mío, grande, imponente, avasallador. No amarás á Julio porque él no sentiría por ti lo que yo siento; ni hombre alguno lograría conmoverte, porque para fundir el bronce se necesita mucho calor, mucho fuego, mucho, muchísimo,... tanto como hay aquí... ¿Sientes? ¿Sientes?

— ¡Joaquín, me ahogas!

— ¡Te ahogo! Sí, yo también me ahogo. «¡Mátame de amor!,» me dijiste un día: de amor morirás; de amor moriremos ambos.

— ¡Socorro! ¡Asesi...

— ¡No acabes! ¡Asesino yo! *Tierra de cenizas*, Rosa, ¿entiendes? Aquí pagó una de tus abuelas sus veleidades: aquí pagarás los perjurios. ¡Los dos, sí, los dos juntos! ¡Así, así!

El indio apretaba cada vez más el cuello de Juana Rosa y cortaba las frases con besos que parecían mordiscos, asfixiándola con sus hidrópicos amores.

Cuando hubo saciado aquella rabiosa sed de los sentidos, y aquel *delirium tremens* de un espíritu infernal, arrojó el cuerpo inanimado de su amada sobre el lecho y con furia espantosa prendió fuego á las colgaduras. Una sonrisa platónica separó sus labios. Estaba horrible, con el pelo áspero y lacio cubriéndole la frente, las facciones contraídas por sardónica mueca, la pupila dilatada, los párpados sumidos debajo de las cejas y el cuello erguido como gladiador que se apresta á la lucha.

Le consumía la fiebre; la terciana estaba en su período álgido: no había sentido el frío precursor, ni se daba cuenta de que su piel ardía.

Las cortinas eran de damasco y se quemaban lentamente; era mucho esperar; la furia tenía prisa: prendió fuego á la cama por tres ó cuatro sitios; sacó del bolsillo del pecho un puñal, y blandiéndolo se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su víctima.

— ¡Te espantaba mi raza! ¡Despreciabas mi sangre! Ahora van á mezclarse, á correr juntas. ¡Aquí, aquí late aún la víscera traidora! ¡No más!, ¡no más!...

Y el indio clavó su puñal en el corazón de la hermosa hija del Misti, que expiró lanzando el postrer suspiro después de balbucear el nombre de Chucha.

Joaquín levantó de nuevo el puñal para contemplar la sangre que tenía la hoja larga y afilada.

— ¡Como la mía, sí, como la mía!; roja también; ¡iguales!, ¡iguales! Somos iguales; y después que yo lo introduzca en mi pecho, que venga el mundo entero á distinguir cuál es la de los Incas y cuál la de los Guaquis.

En aquel instante no era *Tristura*, era toda su raza la que hundía el puñal en el corazón de uno de sus hijos.

— ¡Maldita, maldita Utspa Llacta!, gimió el indio al exhalar el último aliento.

Eva Canel

FERROCARRIL DE CREMALLERA

DE MONISTROL Á MONTSERRAT

Terminada ya y próxima á inaugurarse esta línea férrea, la primera en su género que funcionará en España y que tanto ha de contribuir á aumentar el número de los que visitan el más venerado de nuestros santuarios en la más pintoresca de nuestras montañas, creemos que interesará á los lectores de La Ilustración Artística conocer algunos datos explicativos del grabado que en la página 504 publicamos.

El ingeniero D. Joaquín Carrera y Sayrol, hombre de inteligencia clarísima, de ilustración vasta, de actividad á toda prueba y de alientos de verdadero genio, fué el iniciador de la idea y el autor del proyecto del ferrocarril de Monistrol á Montserrat, idea que concibió cuando en un viaje á Suiza pudo contemplar la línea que desde Vitznau conduce á Righi-Kulm y proyecto que comenzó inmediatamente á su regreso y que fué aprobado por el Gobierno, el cual le otorgó la concesión en 1881.

No contando con medios propios para llevar á cima su empresa, constituyóse en esta ciudad la *Sociedad de ferrocarriles de montaña á grandes pendientes*. El capital necesario para la construcción del ferrocarril de Montserrat había sido suscrito y se estaban verificando los trabajos preliminares, cuando la terrible crisis de 1882 creó una situación dificilísima á aquella Sociedad, pues pocos de sus accionistas efectuaron el pago de los desembolsos parciales de sus respectivas acciones.

Años y años transcurrieron sin que la Sociedad lograra impulsar las obras empezadas, y el malogrado D. Joaquín Carrera bajó al sepulcro en 4 de junio de 1890 sin haber podido ver recompensados sus afanes, premiados sus sacrificios y satisfechas sus nobilísimas aspiraciones. El autor del atrevido cuanto laudable proyecto murió sin el consuelo de tener asegurada la realización de su obra, sin sospechar que dos años más tarde su hermoso pensamiento había de convertirse en más hermosa realidad.

Muerto también otro de los directores de la Sociedad, D. José Carbonell, quedó únicamente al frente de ésta D. Román Macaya, distinguido y acaudala-



MONTSERRAT. – VISTA GENERAL DEL MONASTERIO

do comerciante barcelonés, á cuyos esfuerzos, á cuyos sacrificios, á cuyo olvido del interés propio para no pensar más que en el de la colectividad de sus consocios se ha debido indudablemente el favorable éxito definitivo de la empresa. El Sr. Macaya encontró al fin capitales para terminar la construcción de la línea; ¿en dónde? ¡Pena nos da el consignarlo! En vano solicitó en Cataluña los recursos que se necesitaban y que poco después ponían á su disposición banqueros de Suiza: á los catalanes que por su posición podían acometer la empresa ni les halagó la idea patriótica, ni se dejaron persuadir por los cálculos mercantiles; á los extranjeros, estos últimos bastaron á seducirles y á convencerles. De esta suerte pasó á manos extrañas lo que pudo y debió ser obra esencialmente de nuestra tierra.

Inmediatamente reorganizóse la Sociedad y se dió gran impulso á los trabajos, que reanudados definitivamente en 2 de junio de 1891 han quedado concluídos en poco más de un año. Al frente del Consejo de Administración de la Compañía figura como presidente honorario el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, el inspirado poeta que en sus armoniosas trovas ha tenido siempre apasionados y dulcísimos acentos para cantar las glorias de Cataluña y las bellezas de Montserrat; el eminente político que en los más elevados puestos del Estado no se ha olvidado un momento de la *patria chica*, por la cual ha hecho sacrificios tanto más meritorios cuanto menos comunes en los que logran llegar á las alturas; el más catalán de los catalanes cuando de amor al antiguo principado se trata; el varón magnánimo y desinteresado que se despojó de toda su fortuna, de su rica biblioteca, de cuantos preciosos objetos de arte y curiosidades poseía para fundar con todo ello el notabilísimo Museo Biblioteca que hoy es orgullo de Villanueva y Geltrú. Balaguer en la presidencia de la empresa es la encarnación del espíritu y del carácter catalán de esa obra, y por haberle colocado en ella merecen bien de Cataluña los catalanes y suizos que del Consejo de la Sociedad forman parte.

Digamos ahora algo de la línea férrea.

Proyectada en un principio según el sistema de Riggenbach, único que para esta clase de ferrocarriles se conocía, fué éste posteriormente desechado y sustituído por el de Abt, de doble cremallera, que exigiendo menos anchura de vía permitía adoptar curvas de menos radio, seguir mejor la estructura del terreno y suprimir dos de los túneles que en el primitivo proyecto figuraban.

En la cremallera doble con división cruzada de M. Abt, la vía, los rieles y cremalleras propiamente dichas descansan sobre traviesas de hierro, á las que están sujetas por tornillos tirafondos. En medio de cada traviesa hay un soporte, en cuyas paredes laterales se fijan verticalmente las dos cremalleras colocadas en sentido opuesto de tal modo que los dientes de la una corresponden exactamente á otros tantos vacíos de la otra. Las dos ruedas dentadas de la locomotora funcionan en distinta cremallera y están relacionadas entre sí de forma que cuando un diente de la rueda delantera engrana en su cremallera por completo, la rueda posterior engrana en la suya por mitad; merced á esta disposición aquellas dos ruedas tienen engranados cinco dientes á la vez en la cremallera. Las traviesas son de hierro laminado; los rieles, soportes y cremalleras, de acero; y los tornillos tirafondos y demás, de hierro forjado.

El ancho de la explanación es de 4'20 metros y el del balasto en su totalidad de 3'20; la colocación de éste se ha verificado construyendo sobre la explanación, á ambos lados y á distancia de 1'60 metros del eje de la misma, un muro corrido de piedra de 0'45 metros de altura y otros tantos de espesor, rellenándose el espacio que queda entre dichos muros con piedra de 0'20 metros en el fondo y con grava de 0'06 en la parte superior.

La longitud total de la línea es de 7.850 metros. Esta tiene tres estaciones: la de partida, inmediata á la de Monistrol, en la línea de Barcelona á Zaragoza; otra emplazada en la parte Norte de la población de Monistrol, y la de llegada, que se alza en la plaza del Monasterio de Montserrat, llamada de la Fuente. Cada una de ellas tiene sus anexos, siendo los más importantes el edificio para talleres, almacenes, oficinas y depósitos de locomotoras y carruajes que hay en la segunda y que ocupa una superficie de 1.240 metros, y los que existen en la estación de llegada.

Las obras principales de esa línea, cuya pendiente máxima es de 16 por 100, son el puente de piedra sobre la riera de Mará, cuya sección circular es de 10 metros de radio; el gran puente de hierro sobre el río Llobregat, compuesto de dos estribos y dos pilas intermedias, de 14 metros de altura y 130 de longitud, y el túnel abierto debajo de la capilla de los Apóstoles, de 204 metros de longitud por 4'20 de ancho y 5'40 de alto, que si no es notable por su extensión lo es por la dureza de la roca, por estar en la mayor pendiente y describir una curva de 150 metros de radio.

Con este ferrocarril no perderá nada de lo pintoresco que hoy tiene la excursión á Montserrat, y en cambio ganará en comodidades, pues en una hora é instalado en lujosos vagones podrá llegar al Monasterio el viajero que ahora emplea tres horas y media de coche, yendo por Monistrol, y cinco y media de carruaje y caballería pasando por Martorell y Collbató.

La seguridad de las líneas de cremallera es completa, como lo prueban las del Righi, el Pilatus y otras de Suiza, en las que á pesar de los muchos años que hace que funcionan (la del Righi más de 20) no ha ocurrido el menor contratiempo. La pequeña velocidad de la marcha de los trenes, la instantaneidad de las paradas merced á las cremalleras y á los poderosos frenos que llevan todos los coches y la locomotora (ésta, además, tiene freno de aire comprimido) y el perfecto y completo engranaje de las ruedas con las cremalleras hacen punto menos que imposible todo accidente desgraciado. Las personas facultativas están bien convencidas de esta seguridad; las que no lo son lo estarán en cuanto hagan ó siquiera presencien una ascensión por el ferrocarril.



APUNTES TOMADOS DE FOTOGRAFÍAS POR LOS SRES. PASSOS Y P. MONSENY



GERONA EN 1809, grupo de D. Antonio Parera

No terminaremos estos ligeros apuntes sin felicitar con entusiasmo á la *Sociedad de ferrocarriles de montaña á grandes pendientes* por haber realizado una obra simpática á cuantos sienten cariño hacia los tradicionales picos del Montserrat y ferviente veneración por la milagrosa Imagen ante la cual se prosternan llenos de fe y de esperanza los afligidos y de inefable gratitud é inquebrantable amor los venturosos; por la *Virgen Morena*, cuyo nombre invocan los catalanes en sus tristezas y bendicen en sus alegrías; por la Excelsa Patrona de Cataluña, que tiene esplendente trono en aquellos riscos y cuyo recuerdo acompaña á los hijos de esta noble tierra que, adondequiera que los lleve la suerte, levantan altares bajo su advocación y unen su memoria á la de la patria entonando en la misma lengua en que de sus madres lo aprendieron el sublime *Deu vos salve Reina y Mare de misericordia*. – A.

EL CORSÉ NUPCIAL

I

¡Pobre Amalia! Padecía mal de amores... Ya no resonaba en el obrador el alegre gorjeo traducido en copla popular que salía de su garganta, ni su risa argentina como el rebotar de perlas sobre finísimos cristales dejaba entrever sus hileras de dientes menudos piñones engarzados en elipses de grana... Estaba triste y en la tarde de aquel sábado sus ojos aguanosos permanecían fijos en el magnífico corsé en que trabajaba... Un corsé nupcial de gran mérito, con labor finísima, flores y encajes de nívea blancura que competía con la del raso que servía de forro al armatoste de ballenas y alambres.

La maestra, una mujercita vivaracha, con gesto de displicencia y frase dura encomiaba á su oficiala predilecta la pronta terminación de la labor.

– Corre mucha prisa... lo necesitan para esta noche.

Y ¡hala que hala! iba la corsetera finalizando aquel corsé que era una maravilla. Los ojos de la oficiala se anublaban más y más. Llegó un momento en que las nubes de tristeza chocaron entre sí en el hermoso horizonte de sus pupilas y dos indiscretas lágrimas fueron á caer sobre el raso... Nadie notó el desprendimiento de aquellas gotas de agua salada...

II

Aquel corsé era el gran culpable del llanto de su confeccionadora.

La historia os la explicaré, así, de prisa, porque hay historias que basan sus cimientos en la sensibilidad y no tienen más resumen que una lágrima ó un suspiro.

Yo no sé aproximadamente la fecha, ello es que Amalia tuvo un novio... Un chico que prometía ser una notabilidad en eso de zurcir comedias é inventar episodios novelescos, pero que en tales calendas era un pobre diablo que sólo era rico en afectos é ilusiones. Juró formalmente unir su suerte á la de la entonces aprendiza de corsetera. Ya ve usted, lector, juramentos de esos que son palabras dichas en serio y que graba en la arena la primera pasión... Luego el viento de la realidad barre la promesa para *in æternum*.

Amalia era muy feliz, muchísimo, con aquel su D. Juan que la servía de escudero al salir de su obrador, la llevaba los domingos de paseo, la convidaba (de Pascuas á Ramos, dicho sea en honor á la verdad) al teatro ó bien á saborear una taza del problemático moka que sirven en esos cafés que son muy obscuros y en los cuales cafés los mozos se duermen recostados en una columna...

Y tenía Juanito Pérez, que así se llamaba el Abelardo, tal torrente de poesía para su Eloísa de pañuelo á la cabeza, que ¡vive Dios! no es de extrañar que la corsetera, allá en su lecho á las altas horas de la noche soñase con ser la esposa de un futuro gran autor y que *ella* era la hada, mejor dicho la ninfa, la musa riente que con sus besos inoculaba las quintaesenciadas sublimidades del genio.

Una aprendiza se lo había dicho, así, de sopetón, como suelen anunciarse por las gentes desprovistas de sensibilidad las malas nuevas.

– Chica, ¿sabes á quién me he encontrado? A tu novio Juanito. Por cierto que parecía un príncipe, con levita, chistera y toda la pesca... Le pregunté por qué no venía á verte, y me ha dicho, dice: «Dile á esa tontuela que todos los tiempos no son iguales y que nuestras relaciones eran cosas de niños» ¡Ah!, también me dijo que ha estrenado una comedia en el Español... En fin, la mar... Al pronto parecía que le daba vergüenza el hablar conmigo... ¡Si te digo que se ha puesto más tonto y orgullosote!

Amalia adoraba á su Juanito, creía en él, todo lo esperaba de él, y así de golpe, cobardemente, él la había despreciado: de un soplo había deshecho un palacio de ventura, construído Dios sabe á fuerza de qué promesas y bienandanzas para lo porvenir... Y todo por un cambio de fortuna... ¡Grandísimo fatuo!... ¿Qué diría el mundo, qué la historia, si el celebérrimo autor dramático D. Juanito López se hubiese casado con una mísera corsetera que le idolatraba?... Era lógico lo que le ocurría á Amalia... Y ante felonía tan grande la joven sintió, como dice Espronceda,

> «... quererse del pecho
> Saltar á pedazos roto el corazón;
> Crecer su delirio, crecer su despecho;
> Al cuello cien nudos echarle el dolor.»

III

Parecía habérsele cicatrizado la herida que le causó el desenlace de aquella historia vulgar tan pródiga en esperanzas y dichas. Amalia se creía ya feliz porque el recuerdo del «ingrato» se esfumaba rápidamente; pero hay historias que hacen retardar el epílogo, y ésta era una de ellas... En la mañana de aquel sábado penetraron en el obrador unas señoras, madre é hija, antiguas parroquianas de la maestra. Traían el encargo de que hicieran un magnífico corsé de boda.

– Ya ve usted maestra, se nos casa Amparito pasado mañana, y quisiéramos, indicó la mamá, que estuviese para esta noche sin falta.

Siguió la charla á propósito de las condiciones del famoso corsé que sirve sólo para un día y luego se archiva como un recuerdo entre otros de nupcias.

La mamá, llena de orgullo, hubo de anunciar que el héroe de la fiesta, es decir, el futuro lo era el afamado autor dramático D. Juanito López.

Marcháronse las señoras; las chicas del obrador pusieron á la señorita de oro y azul por lo estúpida y presumidota que se les había antojado ser... ¡Envidiosas!...

Amalia... ¿pero á qué molestaros pintándoos su estado moral... Vosotros lo comprenderéis desde luego.

. . . .

En un momento de rabia ó de dolor, la corsetera se pinchó con la aguja, y allí, cerca del pecho del corsé, fué á caer una gotita de sangre roja, que parecía como un rubí sobre el raso... Amalia quiso hacer desaparecer la huella, pero hubo de dejarla... Permanecía siempre igual, y luego... ¿quién se fijaría en tan nimio detalle?...

IV

– Ello cuesta carito, pero el corsé es preciosísimo, y...

– ¡Mamá, mamá, mira, una gotita de sangre!... ¿Cómo habrá caído?

– Vaya usted á saber; algún descuido de la oficiala... ¡Son tan atropelladas esas chicas de oficio!...

Terminó el incidente; ¡y por las barbas de Mahoma, que no fuera tan tranquilo el desenlace al saber la mamá y la presumida de su hija que la motita de sangre encerraba toda una historia amorosa en la que el principal protagonista era su queridísimo y talentado Juanito López!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

MISCELANEA

Bellas Artes. – El Museo del Louvre ha adquirido para la sección del Renacimiento un notable bajo relieve de bronce de labor italiana, que representa el busto en perfil del famoso y temido cardenal Francisco Alidosi d'Imola, debajo del cual hay un cartón sostenido por dos águilas delicadamente cinceladas que lleva esta inscripción *F. car. Papien Bon. Legat.* Atribúyese esta obra al platero medallista Francia, que dirigía la Moneda de Bolonia y que luego fué un célebre pintor.

– En el hospital de Munich ha sido inaugurado el busto en mármol del profesor Nussmann, recientemente fallecido.

– Por cuenta del Estado alemán han sido adquiridos los cuadros *El emperador en la caza del oso*, de Julián Falat, y *La muerte y la novia*, del difunto Spangenberg, que han figurado en la última Exposición de Berlín.

– Gabriel Max está trabajando en Munich en una *Anunciación*, en la que se ve á la Virgen arrodillada y orando en éxtasis, y al ángel que envuelto en un nimbo de luz le anuncia que será madre del Redentor.

– Desde hace tiempo, y muy especialmente desde la subasta Dudley ha poco verificada en Londres, la dirección del Museo del Louvre, de París, se lamenta de la escasa dotación de que éste dispone para la adquisición de obras: algunos notables coleccionistas franceses, presididos por el ex ministro de Bellas Artes M. Antonino Proust, han constituído una asociación para organizar exposiciones periódicas de obras pertenecientes á particulares, con cuyos productos de entrada se formará un fondo de reserva para verificar compras artísticas con destino al citado museo.

– Sir Guillermo Gregory ha legado á la Galería Nacional de Londres cuatro cuadros de gran valor artístico: el más importante de ellos es una *Adoración de los pastores*, de Jerónimo Savoldo, insigne maestro de la escuela de Brescia. Siguen luego dos cuadros de Velázquez, que sin ser de la mejor época del gran pintor español, tienen, además de su indiscutible valía, gran interés para el mejor conocimiento de dos períodos de su carrera: son *Cristo en casa de Marta*, pintado probablemente en los primeros tiempos del artista, antes de que alcanzara la fama universal que más tarde conquistó, y *Un desafío en el Prado*, que es un boceto sin acabar, en donde se deja sentir algo la influencia de Rubens. El otro cuadro legado por sir Gregory es un *Interior con figuras*, de Jan Steten.

Teatros. – El teatro de la Corte, de Dresde, conmemorará en octubre próximo el cuarto centenario del descubrimiento de América poniendo en escena una obra de Carlos Kosting, titulada *El nuevo mundo*, tragedia de Colón.

– En el Brighton Theatre, de Londres, se ha estrenado con buen éxito una opereta titulada *El recluta*, letra de Stephenson y Harris y música de Wenzel y Crook.

– En el nuevo teatro de Leipzig se ha puesto en escena con gran éxito la tragedia de Sófocles *El rey Edipo*, arreglada al alemán por Adolfo Wilbrandt.

– Con la ópera *Nydia*, de Jorge Fox, que hace poco se estrenó en el Crystal Palace, han terminado las representaciones de ópera alemana é italiana que desde marzo se han venido dando en los teatros Covent Garden y Drury Lane, de Londres, por la empresa de sir Augusto Harris. Estas representaciones han sido en número de noventa y dos, habiéndose cantado: *Cavalleria rusticana* veintidós veces, *Filemón* doce, *El amigo Fritz* siete, *Faust* y *Lohengrín* cinco, *Elaine*, *Romeo y Julieta*, *Siegfried* y *Tristán é Isolda* cuatro, *La luz del Asia*, *Don Giovanni* y *Carmen* tres, *El Trompetero de Sakkingen* *Fígaro*, *Orfeo*, *Tanhauser*, *El oro del Rhin*, *La Walkiria*, *El crepúsculo de los dioses*, *El buque fantasma*, *Fidelio* dos, y *Manon*, *Nydia*, *El profeta*, *Los hugonotes* y *Aida* una. El éxito obtenido por Mr. Harris en su empresa ha sido en extremo satisfactorio y no menos merecido, porque era casi una temeridad sostener en Londres en este tiempo tres compañías de ópera de primer orden, una italiana, otra francesa y otra compuesta de artistas, coros y orquesta alemanes, expresamente llevados á la capital inglesa desde Alemania. Las óperas representadas por primera vez en Londres durante esta corta temporada de diez semanas han sido: *El oro del Rhin*, *Siegfried*, *La Walkiria*, *El crepúsculo de los dioses*, *Cavalleria rusticana*, *El amigo Fritz*, *La luz del Asia*, *Elaine* y *El Trompetero de Sakkingen*.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

León Cladel, notable escritor francés: la mayor parte de sus obras han sido reunidas bajo el título genérico *Les Va nu pieds*, y entre las sueltas citaremos *Une Maudite*, *Le Bouscassié*, *La Fete Votive de Saint Bartholomée*, *Porte Glaive*. *Le Tombeau des lutteurs*, etc.

Federico Cristián Benedicto Avé-Lallemant, el más notable especialista en materia de policía en Alemania, autor de una interesante obra sobre el modo de ser de los ladrones alemanes y de muchas novelas judiciales.

Gustavo Guillermo J., barón de Duben, antiguo profesor de anatomía en el Instituto de Estokolmo y conocido como escritor por su notable obra *Laponia y los lapones*.

Eduardo Dubsky de Wittenau, escritor alemán, autor de numerosos libretos de ópera.

Ernestina Friedrichsen, notable pintora de género alemán, cuyos cuadros reproducen escenas de la vida de los masures, polacos y judíos.

Conrado Reinherz, célebre paisajista de Munich.

Antonio Treseniers, notable cincelador belga.

Varia. – En Francfort en el Main se ha inaugurado una Exposición Werther que permanecerá abierta hasta octubre y en la que figuran todos los documentos y reliquias referentes á esa historia amorosa de Goethe, como autógrafos, retratos y croquis de cuantos personajes intervienen en la obra, vistas de Wetzlar y de sus alrededores, y las antiguas ediciones y traducciones, etc., etc.

NUESTROS GRABADOS

Gerona en 1809, grupo de D. Antonio Parera. — Cada nueva obra del joven escultor catalán Sr. Parera revela un adelanto, significa un progreso. Ha poco aplaudimos su sentida composición *La recompensa del trabajo*, hoy hemos de felicitarle por su nueva obra. Ayer el artista inspiróse en un cuadro de la vida real, encontrando medio para ensalzar al honrado obrero que halla la recompensa de sus cotidianos afanes en el amor de sus hijos y en los tranquilos goces del hogar; hoy la inspiración del escultor se ha fijado en una de las grandes epopeyas de nuestra historia, representando ó simbolizando en la ya legendaria y simpática figura del heroico defensor de Gerona D. Mariano Alvarez de Castro el amor á la patria.

Preciso es convenir que esta clase de obras son las que puede y debe producir el gran arte. La elevación de conceptos hállase en armonía con los ideales que el arte simboliza. Por eso afirmamos que el artista que en ellos se inspira, cual lo hace el Sr. Parera, se enaltece.

Reciba el escultor catalán nuestros sinceros plácemes y el testimonio que gustosos le tributamos de nuestra consideración.

***

Las dos hermanas, cuadro de Kaufmann. – Sentada la mayor en banco señorial y apoyada la menor en su regazo, lloran la ausencia del padre querido que como caballero debió abandonar á sus tiernas hijas y las tranquilas dichas del hogar por azares de las guerreras empresas. Solas, sin madre que las cuide, avívase su ternura al recibir nuevas de su padre ausente, y entregadas á sus recuerdos rezan y lloran, hallando el consuelo que necesitan en la grata esperanza que les presta la religión.

Simpática es la composición, una de las mejor interpretadas y sentidas de Kaufmann, artista ventajosamente conocido en el mundo del arte.



Hemos llenado de víveres y ropas cuidadosamente embalados casi toda la casita

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Era indudable que allí había vivido gente...

¿Dónde están? No deben haber muerto, pues veríamos sus cadáveres ó por lo menos sus osamentas...

¡Pues entonces viven!...

Sin duda han tomado los víveres que había aquí para ir á refugiarse en otra parte, en una gruta mejor protegida, en un valle más preservado del viento...

El oficial Coignet ha encontrado un pedazo de pizarra: me lo presenta, y leemos estas palabras:

«Marius, nacido en 1877.»

Sin duda era el grumete. ¡Pobre muchacho!

Kervella, jefe de la tripulación, acaba de levantar una caja que algún animal, foca ó albatros, habría hecho caer sin duda, y al punto me llama muy conmovido:

—¡Comandante, comandante, exclama, vea usted!...

Me acerco con los oficiales y leemos en grandes caracteres estas palabras, escritas en francés y en inglés:

«¡Regardez dans la boite!» (Mirad dentro de la caja.)

«¡Look in the box!»

En un instante queda abierta la caja; dentro de ella encontramos una lata de conservas, de la que sale un papel amarillento: este papel,

que ha reanimado de pronto nuestra esperanza, se halla sobre mi mesa ahora, y tantas veces le he leído que ya sé su contenido de memoria.

Hele aquí en su dolorosa sencillez:

«El *Tamaris*, buque de tres palos de hierro, de Burdeos, con rumbo á Numea, abordó la isla de los Pingüinos el 9 de marzo de 1882, á las dos de la madrugada, en medio de una espesa bruma.

»Pudo aligerarse inmediatamente, pero como se había abierto se fué á pique á unas tres millas al SSO. de la isla, tres cuartos de hora escasamente después del choque. Toda la tripulación se salvó en las embarcaciones, que se dirigieron hacia la isla Hog, juzgando que la de los Pingüinos no ofrecería ningún recurso.

»No pudimos abordarla hasta el 11 de marzo, sin haber tenido tiempo de sacar del buque más que un poco de agua y 300 libras de galleta.

»Hemos tenido la suerte de encontrar en la isla Hog una caseta que contenía víveres y ropas, lo cual ha sido providencial para nosotros, porque el frío era glacial y todavía lo fué más después.

»Al ver que los víveres disminuían, mis desgraciados compañeros han supuesto que en la isla de la Posesión, en la «Bahía del Buque,» hallarían un depósito análogo al que encontraron aquí, lo cual les permitiría llegar hasta el verano, pues tienen la esperanza de que algún buque vendrá á recogerlos.

»Nuestro pasajero, el Sr. de Nessey, que quiso encargarse del mando, rehusa dejarnos marchar... dice que es una locura; pero nada puede hacer, porque la tripulación está resuelta.. Amenaza con no acompañarnos; pero ya vendrá... Por doloroso que me sea dejarle solo aquí, seguiré á mi gente... Nuestra tentativa es audaz, pero no temeraria. Seguramente habrá víveres en la isla de la Posesión, en la «Bahía del Buque,» y abordaremos si Dios quiere...

»Se ruega encarecidamente á los que lean estas líneas que vayan á buscarnos á la isla de la Posesión, si existimos aún, y que en caso contrario den conocimiento de este escrito al cónsul francés del puerto adonde vayan..

»Marcharemos mañana ó pasado, si hace buen tiempo.

»*Isla Hog*, 30 *de septiembre de* 1882.

»Firmado: RAJOU, capitán del *Tamaris*»

Así, pues, Luis los había seguido, puesto que no estaba allí... Todos se hallaban en la Posesión, la gran isla que yo había visto una vez desde nuestro anclaje en el momento de ponerse el sol.

No ignoraba yo que en la Posesión había una regular cantidad de víveres, los depositados por el *Comus* en otro tiempo: desde el 30 de septiembre al 3 de diciembre apenas habían transcurrido dos meses; de modo que aún no se les habrían acabado las provisiones.

Habiendo hecho yo esta reflexión en voz alta, Kervella, que contemplaba el mar, borrascoso y alborotado á lo lejos, dijo:

– No, los víveres no deben haber faltado, si es que los tripulantes han podido ir tan lejos en sus cáscaras de nuez: los botes de un buque de tres palos y de 400 toneladas no son ciertamente gran cosa, y.. ¡mire usted ese mar!

A decir verdad, el mar es muy peligroso en estos parajes, y el viento sumamente variable; mas no pierdo la esperanza, ahora que tengo una indicación cierta para dirigir mis pesquisas. Deben haber elegido buen tiempo para efectuar la travesía; y por otra parte, como los vientos soplan casi siempre del Oeste, navegarían viento en popa, impelidos por la brisa y por la marejada hacia la tierra que deseaban alcanzar. Me parece, pues, que conseguirían su objeto.

De todos modos, reflexionando mejor, siento que hayan abandonado la isla de Hog, donde su seguridad era completa, y comprendo que Luis haya intentado lo imposible para retenerlos en ella. Cierto que sus víveres se agotaban; pero en rigor hubieran podido alimentarse con los huevos que se encuentran en casi todas las rocas, con ciertas partes del albatros y de la foca y con peces y conchas.

¡Cuando pienso que hubieran podido estar allí en aquel instante junto á nosotros; que habrían olvidado ya todas sus privaciones y disgustos y que yo hubiera podido hacerme á la vela inmediatamente con ellos y llegar á Borbón á los ocho ó diez días!... ¡Qué alegría no hubiese sido la nuestra, la de Juana y de Magdalena! ¿Y no renacería al calor de tantos rayos el amor de mi prometida de otro tiempo, aquel amor que no puede extinguirse completamente?...

Esta mañana estaba muy contento... Esta noche cuanto más reflexiono más temo, tal vez porque deseo demasiado.

Todo el día he estado impaciente; hubiera querido marchar al punto á la Posesión; mas era demasiado tarde para que pudiese llegar á esa isla mal conocida antes de la noche, y he debido esperar la mañana.

Además, faltábame cumplir un deber, y era reemplazar los víveres consumidos por mis compatriotas. El tiempo ha sido muy bueno toda la tarde, y hemos consagrado ésta á ese trabajo, con gran contento de mis tripulantes. Hemos llenado de víveres y ropas cuidadosamente embalados casi toda la caseta, en la que hemos dejado también algunas picas, hachas y varios útiles... La noche ha llegado ya: réstame ahora tan sólo transportar algunas frioleras á primera hora de la mañana, y hecho esto, marcharé á la isla de la Posesión, que no he podido entrever sino una vez, pero cuya situación anoté cuidadosamente.



En el mar, 8 *de diciembre de* 1882

Toca á su término el quinto día desde que hemos salido de la isla de Hog y no hemos de esperar abordar á la Posesión antes de mañana á primera hora... Las dificultades que he hallado para dirigirme á esta tierra prometida, así como la rapidez con que se producen las borrascas, me han hecho pensar muchas veces, desde que se emprendió el viaje, en los peligros que debieron correr nuestros compatriotas en sus frágiles embarcaciones. Con frecuencia he recordado las palabras pronunciadas por Kervella en el umbral de la «Casa de los víveres:» «Si es que los tripulantes han podido ir tan lejos en sus cáscaras de nuez: los botes de un buque de tres palos y de 400 toneladas no son ciertamente gran cosa, comparados con nuestra robusta *Galatea;* y sin embargo, no parecíamos nosotros muy grandes en la madrugada del 4 de diciembre en medio de las montañas de agua levantadas de improviso, ni nos faltó mucho para desaparecer del todo...»

En la mañana del 3, mientras que la chalupa efectuaba su último viaje á la isla de Hog, el sol había salido radiante, y durante un momento, por segunda vez, se nos apareció todo el archipiélago. Soplaba una ligera brisa del Oeste, y el barómetro se mantenía á buena altura, indicándonos todo un hermoso día.

Dispuse que se hicieran los preparativos necesarios para la marcha, y esperé tan sólo el regreso de la chalupa, cuya llegada retardaban unas violentas corrientes más de lo que yo podía suponer.

Una distancia de 70 millas cuando más (130 kilómetros) separaba la isla de Hog de la Posesión; si era mucho para las pequeñas embarcaciones del *Tamaris* era poco para nosotros, y en siete horas la franquearíamos. Sin embargo, una vez en las inmediaciones de la gran isla, apenas conocida, sería necesario maniobrar con la mayor prudencia, detenerse á menudo, sondear de continuo; y perderíamos muchas horas buscando un anclaje conveniente para pasar la noche, si llegase á ser esto necesario.

Ya sabía yo dónde encontrar la «Bahía del Buque» á que los náufragos se referían, pues era la única indicada en una carta marina del archipiélago bastante defectuosa; mas no era allí donde yo esperaba encontrar á nuestros queridos compatriotas.

En mi biblioteca tenía el relato del viaje verificado por el *Comus* y recordaba haber leído que este buque había depositado víveres en otra bahía mejor preservada, cuyo elogio hacía, describiéndola lo mejor que era posible, y á la cual daba el nombre de «Bahía Americana.» En mi pequeña carta no se hacía mención de ella; pero yo estaba seguro de descubrirla después de algunas rápidas pesquisas, bien convencido de que los náufragos, habiéndola encontrado también, se instalarían en ella. Por lo pronto, visitaríamos desde luego la «Bahía del Buque,» puesto que era el punto de encuentro designado por el capitán Rajou, y esto me pareció una razón más para marchar cuanto antes, debiendo contar con las dilaciones que no se podían prever.

Al fin, un poco antes de las ocho Kervella volvió á bordo con la chalupa, y sin perder tiempo mandé levar anclas. Todos los marineros maniobraron con tal entusiasmo, que á los pocos minutos seguíamos nuestra ruta hacia el punto donde se había visto dos veces la isla de la Posesión, ahora oculta de nuevo. La brisa era fresca, por más que hubiese vuelto la bruma, y la *Galatea*, cargada de velas, deslizábase rápidamente, como si ella misma estuviese impaciente...

Aquella bruma me inquietaba y me extrañaba, dada la dirección del viento. ¿Sería indicio de que brisas contrarias, procediendo del Este, soplaban más allá, rechazando hacia nosotros aquella obstinada niebla?

Kervella, que en su calidad de jefe de tripulación había dirigido la maniobra de poner el velamen, vino á verme cuando hubo concluído, para darme cuenta de su misión en la isla Hog. La cabaña, me dijo, quedaba repleta de víveres, ropas y diversos útiles; se habían reforzado el tejadillo y las puertas, y todo se hallaba en las mejores condiciones. Los marineros que iban con él habían querido plantar allí la bandera francesa, á lo cual creyó no deber oponerse. Además, me llevaba más pruebas de la innegable permanencia de nuestros compatriotas en la isla; en una gruta inmediata á la «Casa de los víveres,» muy espaciosa y más cómoda, se habían encontrado útiles de cocina y de pesca, paquetes de cápsulas para hacer fuego, prendas de vestir de piel de foca, cosidas con hilo de vela, lechos de plumas de albatros y una *Imitación de Cristo*, que me presentó.

Cogíla vivamente, y en la primera página leí esta firma: *Juana de Nessey...*

Al observar Kervella mi emoción mientras contemplaba aquel librito, regalado á Luis por mi hermana en otro tiempo, hizo ademán de retirarse discretamente; mas por la manera con que daba vueltas á su sombrero entre las manos, adiviné que tenía algo que decirme.

– ¿Qué más hay?, le pregunté.

– Comandante, contestó, dispénseme usted; pero debo decirle que tal vez llevamos demasiado velamen. El mal tiempo se presenta pronto en estos mares, como sucede en parajes análogos, en Kerguelen, que yo frecuenté en otro tiempo, y esta mañana he observado algo que «marca mal,» como nosotros decimos. Las focas no suelen gritar mucho, y ha poco hacían allí un ruido infernal; hubiérase dicho que eran voces humanas, como de personas que se quejasen... y á decir verdad, habríamos jurado que algún hombre se hallaba entre aquellos animales... Además de esto, las aves no se han alejado hoy á gran distancia por mar.

– Tiene usted razón, amigo mío, repuse; el barómetro, que es más seguro que las focas y los albatros, ha comenzado á descender de pronto rápidamente; y por otra parte, esa bruma que persiste á pesar del viento Oeste... Vamos, todo esto es de mal agüero; pero es preciso marchar; y además, si sobreviene la tormenta, más vale sufrirla en alta mar que en esta costa. En cuanto á las velas, son sólidas; y como la tripulación está bien dispuesta á maniobrar, muy pronto quedarán recogidas cuando sea necesario.

– Eso sí, señor comandante, dijo Kervella; la tripulación es buena y puede usted contar con nosotros.

– Ya lo sé, amigo mío, contesté; pero vigile usted bien siempre.

Hacía ya cinco horas que navegábamos, cuando la brisa en vez de aumentar cesó casi del todo. La bruma comenzaba á ser más densa, y entonces, algo inquieto, dí orden de recoger las velas pequeñas con gran asombro de algunos marineros aún novicios. Al mismo tiempo mandé avivar el fuego de la máquina, que podía ser un gran auxilio y que en todo caso nos ayudaría á proseguir nuestra marcha ahora que nos faltaba el viento.

Hemos penetrado en el fondo de la bruma, y temiendo caer bruscamente sobre las rocas de la Posesión, he inclinado un poco á la izquierda á fin de pasar cerca de ellas dejándolas á estribor... Pero ¿hasta dónde se extiende esa isla, que jamás ha sido bien medida?

Al cabo de otras dos horas he desviado un poco más á la izquierda, disminuyendo después la celeridad y deteniéndome al fin por completo.

Hace ya siete horas que navegamos; deberíamos haber llegado, y aún no se ve nada, absolutamente nada... Desde la popa del buque apenas distingo la silueta de nuestros marineros...

Escucho con el oído atento, porque el ruido de las olas sobre las rocas podría distraernos; pero no se percibe rumor alguno, ni siquiera el grito de un ave. Y sin embargo, la calma es cada vez más profunda; en la superficie de las aguas no sopla la más ligera ráfaga, y por arriba, sobre nuestras cabezas, en medio de la blanquecina niebla, se ven correr enormes manchas negras que parecen siluetas proyectadas.

Son las tres, y examino de nuevo el barómetro: en una hora ha descendido bruscamente cuatro milímetros, y veo que la tempestad es inevitable. La presagio por esta calma anormal, por el súbito calor que se siente, por el misterioso

silencio, y en fin, por el instinto que nos advierte, semejante al de las aves. Los marineros más novicios la adivinan también.

Avanzo aún hacia el Este por espacio de una hora sin que nada cambie á nuestro alrededor. Después, temeroso de haber pasado de la isla y deseando mantenerme al viento á toda costa, doy orden de retroceder.

Son las seis; no hay más remedio que aplazar hasta mañana el reconocimiento de la tierra, y por lo tanto pasaremos la noche en el mar sin alejarnos... Tal vez se serene un momento el cielo permitiéndonos ver á qué distancia de la isla nos hallamos. Por prudencia me desvío de su dirección probable.

A eso de las seis y media el tiempo se aclara bruscamente como la metralla que abre ancha brecha en un batallón... La isla, de la cual huíamos hace dos horas, aparece detrás de nosotros destacándose su cabeza como de una túnica de gasa. Hemos debido pasar muy cerca de ella. La bruma ahuyentada primeramente del cielo se extiende cada vez más cerca del agua como aplanándose, después remonta en rápida aspiración, se disemina, dilátase y se pierde en la inmensidad del espacio. Ya nos alcanzan las primeras ráfagas del Este.

En los parajes donde nos hallamos, los vientos que siguen esa dirección son excesivamente raros y siempre indicio de una tempestad revuelta: en efecto, ya nos azotan ráfagas húmedas del Norte que vuelven á traer consigo la eterna bruma.

No es posible pensar de ningún modo en llegar á un sitio propio para el anclaje; muy por el contrario, es preciso huir de él, y mientras la dirección de la brisa lo permite desciendo al Sud, más abajo que la isla de la Posesión. Una vez hecho esto, me pongo á la capa, es decir que, sin vela casi, permanezco tan estacionario como es posible, derivando lentamente, doblando la cabeza bajo la tempestad...

Confío en que los vientos, si continúan su giro acostumbrado, saltarán al Oeste y después al Sud, para volver al Sudoeste y al Oeste, perdiendo poco á poco su fuerza. Cuando soplen del Sudoeste volverá á quedar límpida la atmósfera. La isla de Posesión, de la que me habré alejado poco, aparecerá entonces é iré á refugiarme detrás de ella: la tempestad habrá terminado ya.

Desde las ocho, la noche ha cerrado con una obscuridad profunda; ya no es la niebla lo que nos rodea, sino nubes bajas y negras que solamente dejan visible un estrecho círculo donde parece hervir la espuma...

La *Galatea*, cuya armazón cruje, se inclina y se estremece...

Agarrado al puente, junto al oficial de guardia, no abandono aquel puesto sino un momento, de hora en hora, para ir á consultar el barómetro en mi camarote y calentar mis miembros entorpecidos por la inmovilidad, el granizo y la lluvia. En mi diario de marino escribo rápidamente algunas notas que en este momento completo para conservar más tarde el recuerdo del imponente espectáculo á que asistimos.

«Media noche. – Barómetro, 733. Termómetro, + 5°. Viento persistente del Norte. La *Galatea* se inclina mucho en las ráfagas, pero conserva admirablemente su equilibrio. Gracias á la previsión de Kervella se han tendido cuerdas para que los marineros se cojan durante los movimientos de vaivén.

»A las tres. – Barómetro, 730. Termómetro, 0°. Tempestad del Nordeste. Las ráfagas son en extremo violentas y hay momentos en que la *Galatea* queda casi tumbada... pero vuelve á enderezarse...»

Comienza á rayar el día, vago resplandor que comunica á los objetos una forma indecisa sin contornos determinados; el granizo y la nieve nos ciegan; pasan con rapidez y dejan tras sí una claridad mayor, pero sin intensidad, que no puede atravesar las nubes negras confundidas con las olas que limitan y reducen nuestro horizonte. Alrededor de nosotros la superficie del mar está verde y rizada, y las olas no tienen fuerza para elevarse por lo mucho que las aplana el viento.

Espero con impaciencia el salto al Sudoeste, que me permitirá distinguir la tierra, cuyas corrientes, producidas por las tempestades, pueden habernos acercado.

«A las 3 y 55 minutos. – Barómetro, 729. Termómetro, 1°. Tempestad del Oeste. Espero que terminará pronto.»

Bajo el impulso de una furiosa ráfaga, la vela de trinquete es arrastrada por el viento; las cuerdas que la retenían azotan y se rompen, y nuestra posición de equilibrio no es tan buena. Ya está preparada otra vela para reemplazar la de trinquete; se procura desplegarla, pero también se la lleva el viento; las ráfagas se suceden con rapidez, y arrancan ligeras tablas de madera de nuestro buque, haciéndolas volar por los aires. Algunas aves marinas, alcanzadas por el torbellino, caen á bordo aturdidas y medio asfixiadas. El mar está espantoso... El buque se inclina de repente y se tumba hasta las jarcias, permaneciendo en esta posición terrible en que el equilibrio se pierde casi y en que la menor cosa basta para sumergirle del todo. Se ejecutan diversas maniobras para levantarle, todas inútiles, y es preciso intentar la última, aquella á que no quisiera apelar, porque nos alejará largo tiempo tal vez de nuestros náufragos. Se reduce á huir ante el temporal; me resuelvo al fin, porque es preciso, y gracias á la hélice, puesta en movimiento oportunamente, conseguimos nuestro objeto después de algunos minutos de angustia. La *Galatea*, obligada á girar, halla un punto de apoyo sobre la presión de las aguas á su derecha; levántase, y cogida entonces á popa por la tempestad, salta, se precipita y huye rápidamente... Corre sin vela ni vapor, en línea recta, al acaso, perseguida por la ola, enorme ahora porque el viento no es tan fuerte; corre, avanza siempre, porque se perdería si se detuviera... y como aquélla le da alcance, á veces choca contra su casco violentamente y la cubre; yo la ayudo en su fuga, haciendo desplegar una vela y después otra. De este modo la carrera continúa cada vez más vertiginosa en medio de los choques, de los vaivenes y de las sacudidas, que estremecen á la *Galatea* como si fuera un animal enloquecido. .

Sin embargo, queda alejado todo peligro, y solamente pienso con dolor en la distancia que aumenta siempre entre los náufragos y nosotros y en el tiempo que emplearemos en recorrer en sentido inverso el trayecto que hoy tan rápidamente franqueamos.

Nuestra carrera duró hasta la tarde.

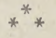
Llegada la noche, el mar, rendido y quebrantado, se apaciguó, calmóse el viento, y al punto comencé á tomar una serie de rutas oblicuas que debían conducirnos poco á poco á la isla que se nos había escapado.

La hélice no podía servirnos aún, porque teníamos todavía mar demasiado gruesa; pero con el auxilio de las velas conseguimos ponernos á la altura del viento. Después, las circunstancias nos han favorecido más de lo que yo podía esperar: esta tarde, gracias al buen tiempo, hemos podido alcanzar en el Norte el meridiano de la isla de la Posesión, y sirviéndonos ahora del vapor, descendemos hacia ella lentamente á fin de no alcanzarla antes de que haya amanecido...

Si no hubiese sufrido esta tempestad en una travesía tan corta, habría dicho: «Mañana á primera hora, Luis estará en mis brazos.»

Pero no osaré asegurar nada...

Temo por mis amigos... y también por mis esperanzas...



Isla de la Posesión, 9 de diciembre de 1882.

Las tristes previsiones de Kervella se han realizado.

«¡Si han podido llegar!»

¡Ay de mí, no han podido! La prueba irrefutable la tenemos aquí, junto á nosotros.

Ninguna esperanza puede quedar ya... Una sola tal vez, y yo trato de aferrarme á ella; pero ¡es tan débil!...

Esta mañana á las seis hemos dado vista á la isla de la Posesión, pero en medio de la bruma, como de ordinario.

La costeábamos hacía una hora sin verla, y nos habíamos acercado de tal modo á ella, que hemos distinguido de improviso, en medio de la niebla, el brillo argentado de las rompientes sobre las rocas...

Distaban pocos metros de la proa del buque... algunos minutos más, y estábamos perdidos... He mandado dar contravapor á toda prisa y poner una vela para virar, habiendo tenido la suerte de pasar sin choque alguno.

Una vez fuera de peligro, hemos esperado en alta mar en aguas tranquilas, que habíamos perdido la costumbre de ver, hasta que la bruma desapareciese.

Alrededor de nosotros, innumerables aves retozan alegremente; bandadas de albatros se perfilan bajo el cielo, claro ya en el cenit, y todo indica un hermoso día, un día del verano austral, semejante al fin del invierno en nuestros países.

A eso de las ocho y como por arte de magia la espesa cortina de bruma des-



Y en una lancha tripulada por mis mejores marineros me he dirigido hacia la playa

aparece de improviso, y vemos entre dos tierras altas, pedregosas, desnudas, erizadas, lúgubres, pero pintorescas, con sus picos dentados, sus brillantes glaciares y sus volcanes extinguidos: eran las islas de la Posesión y del Este, muy próximas entre sí .. Cerca de nosotros, en la Posesión, las rompientes en que estuvimos á punto de perdernos protegían la entrada de una pequeña bahía circular bien preservada, pero desgraciadamente demasiado pequeña para un buque de tan alto bordo como la *Galatea*.

Según la carta marina, reconocimos muy pronto que estábamos viendo la «Bahía del Buque,» precisamente el punto á que el capitán del *Tamaris* nos suplicaba que nos dirigiéramos...

En aquel día de calma, la marejada era demasiado furiosa para que pudiera intentarse enviar una embarcación á tierra; pero nos hallábamos á tan corta distancia, que desde la cubierta del buque éranos fácil distinguir todos los detalles del terreno, y una simple ojeada bastaba para asegurarse de que hacía largo tiempo nadie había habitado allí. Cerca de nosotros, tan próximos que se hubiera creído tocarlos alargando la mano, veíanse grandes ribazos cortados á pico, con varias grutas, donde las aguas del mar penetraban rugiendo; entre ellos ábrese la bahía, desarrollándose en un radio de cien metros escasos y presentando una ancha playa cubierta de arena gris; pero ni en esta playa ni en el valle que le sigue y que se eleva bruscamente en el fondo vimos ninguna choza ni vestigio alguno de campamento ni restos de ninguna especie: siempre focas, siempre albatros y elefantes marinos.

Mando enarbolar el pabellón y disparar un cañonazo, y al cabo de media hora de espera remonto á lo largo de la isla para descubrir la «Bahía Americana,» donde el *Comus* depositó víveres.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS. — LAS POMPAS DE JABÓN

Las pompas de jabón, además de los experimentos científicos á que se prestan (tensión superficial de los líquidos, presión capilar, etc.), pueden ser objeto de

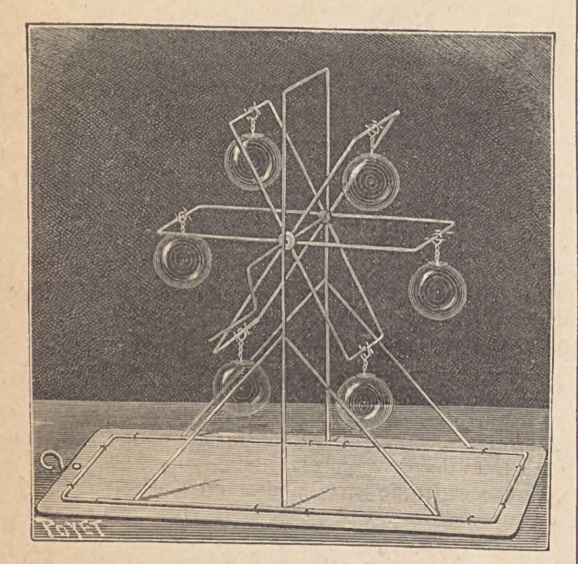


Fig. 1. Molinete construído con briznas de paja y pompas de jabón

varios pasatiempos, de los cuales describiremos tres que nuestros lectores podrán ejecutar modificándolos á su gusto.

El líquido que empleamos, con una tercera parte

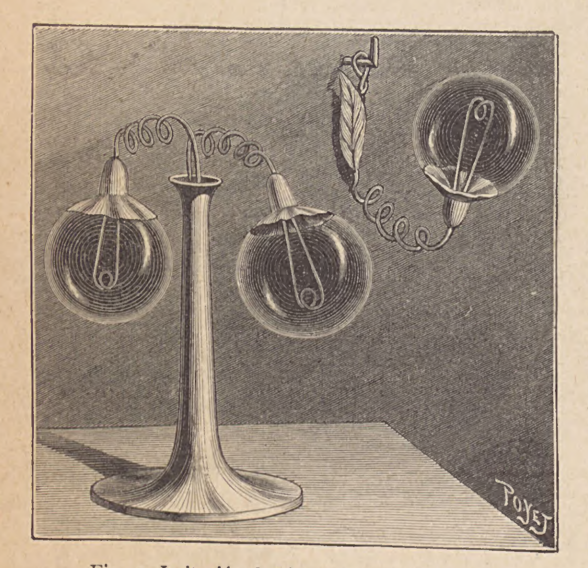


Fig. 2. Imitación de lámparas incandescentes

de glicerina, es una solución de oleato sódico que permite obtener pompas monstruosas, que contienen hasta 30 litros de aire, y que en dimensiones más reducidas pueden tener una duración de media hora y hasta de una hora, ó más si se las tiene al abrigo de las corrientes de aire. El agua de jabón común daba resultados muy imperfectos.

Como el primer pasatiempo que nos proponemos describir exige previamente la construcción del pequeño molinete de paja representado en la figura 1, indicaremos el procedimiento que debe seguirse para fabricarlo.

Tómese una brizna de paja de centeno de 45 centímetros de longitud, recta y sin nudos, y dóblesela cuatro veces en ángulo recto, de modo que se forme con ella un rectángulo de 5 centímetros de ancho por 16 de largo, y como el perímetro resultante es de $2 \times 16 + 2 \times 5 = 42$, queda en el extremo más delgado de la paja un trozo sobrante de 3 centímetros, que se introducirá en el otro extremo más ancho de manera que se obtenga un rectángulo perfectamente cerrado. Constrúyase del mismo modo un segundo rectángulo de 16 centímetros de longitud cuya anchura sea dos veces el grueso de la paja, es decir, unos 5 milímetros mayor que el precedente, ó sea en total 55 milímetros, y finalmente un tercero que tenga también 16 centímetros de largo por 45 milímetros de ancho. Colóquese el rectángulo más estrecho dentro del primero y el más ancho en el exterior y dispónganse sobre la mesa de manera que formen entre sí seis ángulos de 60 grados cada uno, como los radios de un hexágono regular inscrito en una circunferencia: los tres rectángulos así dispuestos constituyen lo que llamamos rueda del molinete.

Un rectángulo de 16 centímetros de longitud por 8 de anchura nos proporcionará el sustentáculo: en el centro de los lados más largos de éste péguense con lacre los pies de dos montantes verticales, de 25 centímetros de altura, unidos en su parte superior por un travesaño horizontal de 75 milímetros de longitud, y asegúrese este armazón de montantes y del sustentáculo por medio de cuatro puntales, dos á cada lado, de 10 centímetros de largo, cuyos extremos se fijarán en otros tantos cortes practicados en las pajas con un cortaplumas.

Con un alambre delgado y enrojecido al fuego, agujeréense los montantes á una distancia de 15 centímetros de la base y por el centro también los lados largos de los rectángulos de la rueda y atraviésense los montantes y el eje de ésta con un alambre acodillado en uno de sus extremos en forma de manubrio. Los radios del molinete se pegarán entre sí cerca del eje con lacre, lo cual impedirá que el aparato pierda su forma, y asimismo se fijarán con lacre al árbol de alambre.

Para aumentar la solidez del aparato puede clavarse el sustentáculo en una hoja de cartón por medio de ligaduras hechas con alambre muy fino. Un garfio adaptado á uno de los extremos del cartón permitirá suspender el sustentáculo verticalmente en la pared, en vez de colocarlo sobre una mesa.

Terminado el trabajo que ha de hacerse con la paja, fáltanos ocuparnos de las rodajas que deben servir para suspender las pompas de jabón: estas rodajas recortadas en una tarjeta tendrán el tamaño de media peseta aproximadamente, y cada una de ellas estará suspendida por su centro á uno de los travesaños de la rueda por medio de un alambre muy delgado que rodeando dicha traviesa como una anilla y retorcido luego de modo que forme una barrita



Fig. 3. La fumigación

de suspensión pase por el agujero practicado en el centro de la rodaja, en la que se clava con un poco de lacre. Nuestro grabado indica claramente que á fin de mantener la anilla y por consiguiente la rodaja en el centro de anchura de la rueda, la paja de cada travesaño está atravesada á ambos lados de la anilla por dos pedacitos de alambre muy delgado de un centímetro de longitud que impiden que la rodaja se incline hacia un lado. Como el diámetro de las anillas es mayor que el de la paja, el peso de las rodajas basta para mantener verticales las barritas de suspensión durante la rotación de la rueda.

Con esto queda construído el juguete y no hay más que soplar pequeñas pompas de 3 á 4 centímetros de diámetro y suspenderlas en la cara inferior de las rodajas previamente humedecidas con el mismo líquido. Estas pompas quedarán allí suspendidas, y cuando se haga dar vueltas á la rueda las bonitas esferas de colores irisados las seguirán en su movimiento de rotación.

Nada más elegante que este pequeño aparato, cuya construcción recomendamos á los aficionados á trabajos delicados: á los que deseen algo más sencillo vamos á indicarles la manera de imitar una lámpara incandescente, en la que el globo de cristal está sustituído por una pompa de jabón (fig. 2).

Tómese una de esas flores de porcelana que hoy se encuentran en muchas partes, una campanilla, por ejemplo, y péguese en el interior de la flor con lacre un alambre delgado y encorvado de modo que imite el filamento de una lámpara incandescente y humedézcase en el líquido este hilo metálico y el borde de la campanilla. Sóplese luego una pompa de jabón de 6 centímetros de diámetro, en la que penetrará el alambre y que irá á adherirse en los contornos de la flor, y se tendrá de esta suerte la reproducción de una lámpara incandescente: suspendida en la pared, será una lámpara de salón; puesta en un candelero, será la lámpara invertida que se emplea en los escritorios.

Finalmente, he aquí para terminar un juego que gusta mucho y que puede titularse la fumigación ó el baño de vapor (fig. 3).

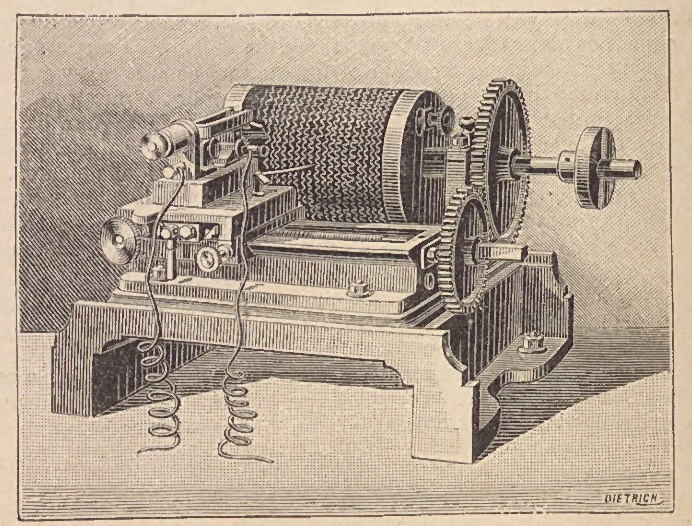
En una copa plana de cristal de unos 6 centímetros de diámetro colóquese de pie una figurita que previamente se bañará en el líquido jabonoso: mójense también los bordes de la copa y sóplese una pompa grande que descendiendo á lo largo de la figurita se fijará en el contorno de la copa envolviendo la figura, que quedará encerrada como en un globo de cristal. Con estos sencillos preparativos se podrá entretener á la gente menuda simulando una escena de baño de vapor, para lo cual se mojará el extremo de la paja que ha servido para soplar la pompa y se la aplicará á ésta para inyectar en su interior humo de tabaco. Si luego se aspira suavemente por la paja una parte del aire que contiene la pompa hasta que ésta haya disminuído suficientemente de volumen, la cabeza de la figurita quedará al descubierto, mientras el resto del cuerpo continuará expuesto á la fumigación bienhechora.

ARTURO GOOD

* * *

UN INDICADOR DE VELOCIDAD

Una de las indicaciones más importantes en la mayor parte de los experimentos de mecánica es la de la velocidad angular. Los ingenieros que han de hacer pruebas con máquinas de vapor ó eléctricas y los que tienen que vigilar estas máquinas en su funcionamiento ordinario han de conocer su velocidad angular, que es indudablemente uno de los principales factores de su acción. Las más de las veces se considera bastante conocer por medio de un contador particular el número de vueltas efectuado en un tiempo dado, en un minuto, por ejemplo, y estas observaciones se repiten con la mayor frecuencia posible; pero con esto no se tienen, ni mucho menos, indicaciones exactas sobre la velocidad angular continua de la máquina experimentada. Para obtenerlas tales, conviene saber la velocidad en cada instante, conservando de ello una prueba escrita que se pueda unir á los estados de los diagramas de la máquina de vapor ó de las máquinas eléctricas. Muchos sistemas de este género se han construído; el que damos á conocer y representa nuestro grabado es nuevo y está muy bien concebido. Nos referimos al indicador de velocidad de los Sres. Manlove, Alliot y Compañía, de París, que permite determinar á 1/5000 de segundo aproximadamente el tiempo durante el cual gira un árbol y que deja una huella escrita de la velocidad que registra.



Indicador de velocidad

El aparato consta de un cilindro puesto en movimiento por el árbol cuya velocidad angular se trata de medir. Un engranaje especial mueve un aparato

que lleva un diapasón determinado y colocado delante del cilindro, el cual tiene en uno de sus extremos un estilete que se apoya en el cilindro y traza en él ciertos caracteres. El diapasón puesto en movimiento efectúa un número de vibraciones que es siempre el mismo por segundo ó que sólo varía dentro de límites poco apartados. En el caso actual el número de vibraciones es de 512 por segundo. El diapasón se mueve merced á un electro-imán alimentado por una pila. Para hacer el experimento se empieza por poner en el cilindro una hoja de papel bastante fuerte, pasando á este objeto sus dos extremos por una estrecha hendidura practicada en toda la longitud del cilindro y sacando las puntas por medio de cilindros especiales colocados en el interior del tambor. Algunos tornillos permiten asegurar la presión necesaria para apretar el papel. Después es preciso ennegrecer éste por medio de una lámpara de aceite de torcida larga y plana, que se coloca debajo del cilindro en donde está la hoja de papel, al cual se hace girar paulatinamente hasta haber obtenido un depósito suficiente y regular de materia negra.

Cuando el cilindro está preparado de esta manera, se coloca el diapasón y se da vueltas al cilindro cuidando de anotar el punto de partida. El pequeño estilete del diapasón, al moverse, va registrando las vibraciones sucesivas, cada una de las cuales representa un valor de segundo (1/512) bien determinado, de modo que será muy fácil contar el tiempo empleado para efectuar una revolución completa.

Con este aparato se pueden obtener en algunos casos observaciones sumamente exactas y de gran importancia. Tomemos, por ejemplo, una instalación de máquinas dinamos, en la que es muy conveniente que la velocidad angular sea constante dentro de límites muy aproximados: el indicador de velocidad nos permitirá registrar las más pequeñas variaciones de velocidad á 1/5000 aproximadamente.

Según el resultado obtenido de varias pruebas comparativas en muchos motores, la variación de velocidad ha sido de 5 por 100 con la máquina de vapor y de 6'25 por 100 con el motor de gas.

El aparato de los Sres. Manlove, Alliot y Compañía nos permitirá conservar testimonios escritos de varios experimentos con sólo dar una capa de barniz de goma laca á la hoja de papel ennegrecido.

Este aparato da á cada instante y muy exactamente la indicación de la velocidad. Si ésta es normal las vibraciones registradas tienen el mismo trazado, pero si el número de vueltas aumenta ó disminuye las vibraciones aparecen en el papel más anchas ó más apretadas.

J. Lafargue

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Don Quijote de la Mancha. – Hemos recibido los cuadernos 14 á 20 de la edición que publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

***

La Iglesia y el Estado, por *Enrique Oliver Rodríguez*. – Es un folleto de interesante lectura en que con gran copia de datos y razonamientos se estudian desde el punto de vista del derecho abstracto las relaciones que deben existir entre la potestad civil y la eclesiástica.

Ha sido impreso en esta ciudad por D. Ramón Riera (Ancha, 15).

***

Los apéndices al Código civil, por *don León Bonel y Sánchez*. – La entrega tercera de esta importante publicación contiene trabajos interesantes sobre la razón del Código civil, la organización de la familia navarra y el Código de Tortosa; la memoria que sobre el apéndice de derecho catalán al libro III del Código civil leyó D. Jaime Carner en la Academia de derecho de esta ciudad; el proyecto de ley de hipoteca naval, varias decisiones de la Dirección de Registros, sentencias del Tribunal Supremo, etc., etc. Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral. primera, al precio de 9 pesetas por doce entregas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Entrega suelta, una peseta.

***

Poesías, por *D. Juan Alcover*. – Aygo-forts, por *Gabriel Maura*. – Con el título de *Biblioteca Balear* ha comenzado el editor de Palma D. J. Tous una publicación cuyos dos primeros tomos son los que motivan estas líneas. Es el primero una colección de poesías del conocido poeta Sr. Alcover, en las cuales campean una inspiración y una espontaneidad que justifican los incondicionales elogios que al publicarse por vez primera les prodigaron los más sabios y exigentes críticos españoles, entre ellos D. Antonio Valbuena, de quien es bien sabido cuán poco pródigo es en alabanzas. El segundo tomo se compone de ocho artículos de costumbres populares mallorquinas, escritos en mallorquín por D. Gabriel Maura: en todos ellos se advierte un espíritu de observación y de análisis tan justo, que los tipos y las escenas aparecen arrancados de la realidad; son cuadros llenos de color y de vida; tal gracia rebosan, atesoran tantas bellezas de lenguaje, chistes tan espontáneos, que su lectura nos ha traído á la memoria el recuerdo del primero de los costumbristas catalanes. El mejor elogio que podemos hacer del Sr. Maura es decir que, en nuestro concepto, puede ser considerado como el Vilanova balear.

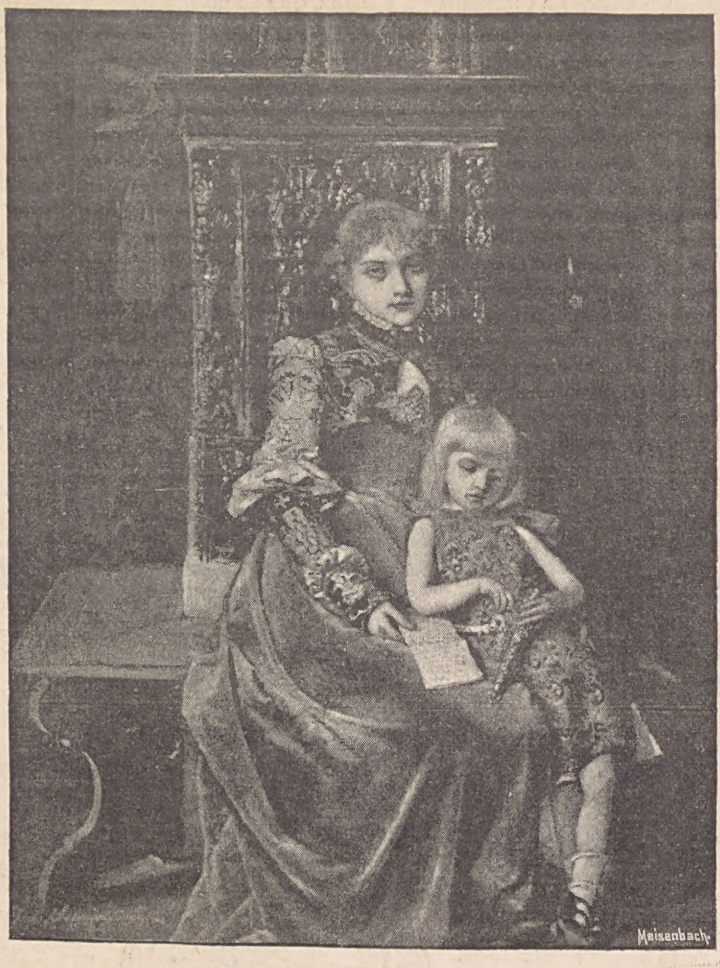
Los tomos de la *Biblioteca Balear*, de cerca de 200 páginas cada uno, elegantemente impresos y encuadernados y con el retrato del respectivo autor, véndense al precio de 1 peseta 25 céntimos en Mallorca y 1,50 en el resto de España.

***

El sitio de Sebastopol, por el *conde León Tólstoy*. – Historia del descubrimiento de América, escrita en alemán por *Joaquín Enrique Campe*. – La «Biblioteca de libros escogidos» que se publica en Madrid ha puesto á la venta estas dos obras. De la bondad de la primera es garantía el nombre del célebre conde ruso, que nos releva de elogiar como se merece la manera magistral con que está descrito este suceso, uno de los más importantes de las modernas guerras europeas. El otro libro es el primer tomo de la *Historia del descubrimiento de América* y abarca desde el nacimiento de Colón hasta el descubrimiento de la Florida. – Véndese cada tomo al precio de 3 pesetas.

***

La España Moderna. – La nueva ciencia jurídica. – Hemos recibido los números de estas importantes revistas que publica en Madrid don José Lázaro, correspondientes á los meses de mayo y junio últimos, que contienen interesantes trabajos literarios la primera y jurídicos la segunda.



LAS DOS HERMANAS, cuadro de Kaufmann

Imp. de Montaner y Simón